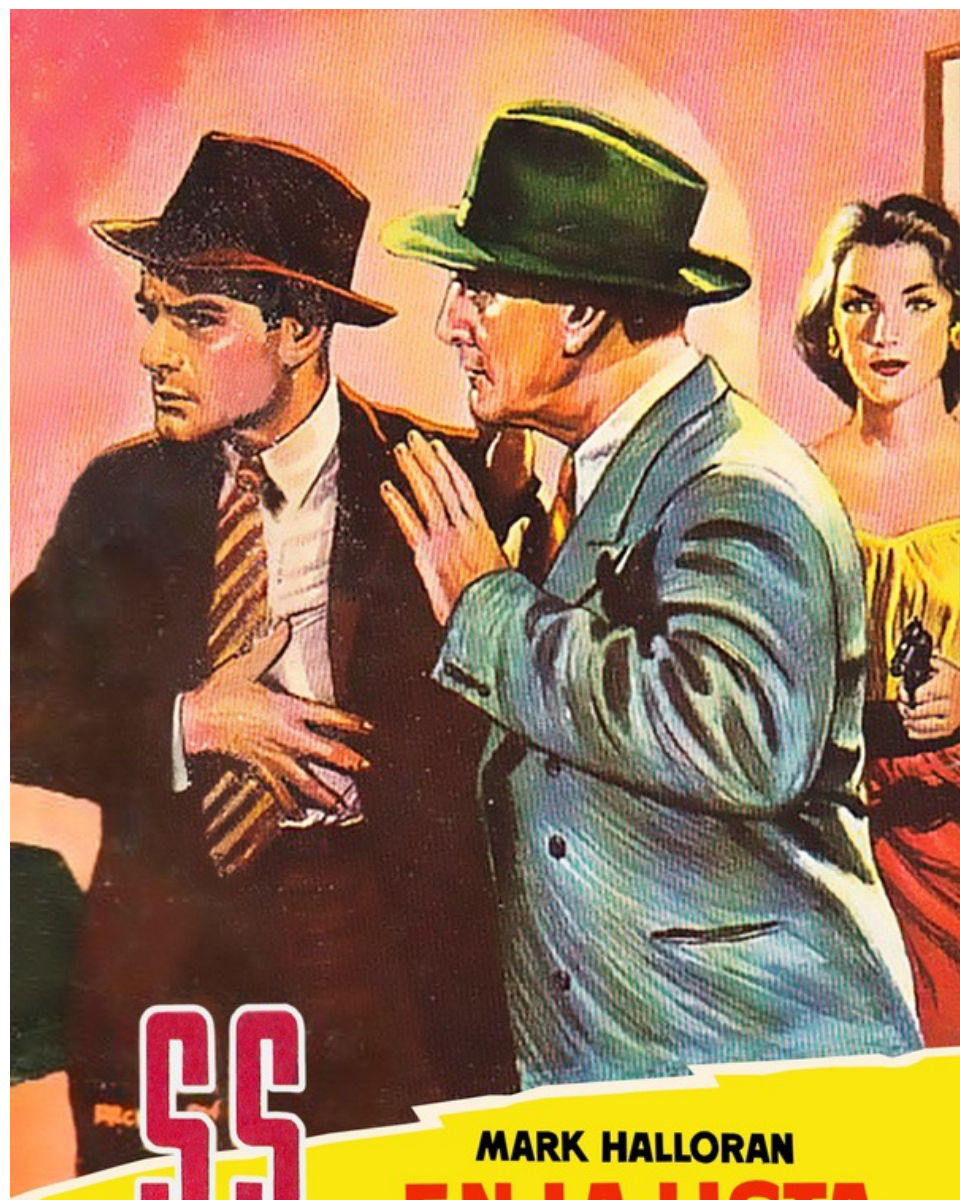




SS

**SERVICIO
SECRETO**

MARK HALLORAN
**EN LA LISTA
NEGRA** *de*

Roma, que está llena de tumbas y de formidables, monumentos a gente desaparecida, es una buena ciudad para morir; pero ni Raymond Link ni Mohamed Kasser la eligieron adrede. Cuando les llegó la hora, es seguro que ambos hubieran preferido seguir viviendo. No tuvieron opción. Los mataron, y se acabó. Un día admiraron la gracia incomparable de las muchachas romanas, pasearon por Villa Borghese, sorbieron un «bitter» y una limonada. Mohamed Kasser sorbió la limonada, porque era fiel mahometano y no bebía alcohol. Aspiraron el aroma de los pinos, escucharon la música de los cafés al aire libre. Al día siguiente, los dos eran cadáveres y aquellos sencillos placeres les estaban vedados.



Mark Halloran

En la lista negra

Bolsilibros: Servicio Secreto - 350

ePub r1.0

jala y xico_weno 05.12.17

Título original: *En la lista negra*
Mark Halloran, 1957

Editor digital: jala y xico_weno
ePub base r1.2





Mark Halloran

En la lista negra

1ª EDICIÓN
ABRIL — 1957

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)



CAPÍTULO PRIMERO

Roma, que está llena de tumbas y de formidables, monumentos a gente desaparecida, es una buena ciudad para morir; pero ni Raymond Link ni Mohamed Kasser la eligieron adrede. Cuando les llegó la hora, es seguro que ambos hubieran preferido seguir viviendo. No tuvieron opción. Los mataron, y se acabó. Un día admiraron la gracia incomparable de las muchachas romanas, pasearon por Villa Borghese, sorbieron un «bitter» y una limonada. —Mohamed Kasser sorbió la limonada, porque era fiel mahometano y no bebía alcohol—, aspiraron el aroma de los pinos, escucharon la música de los cafés al aire libre. Al día siguiente, los dos eran cadáveres y aquellos sencillos placeres les estaban vedados.

Mohamed Kasser cayó primero. Fue de madrugada, a eso de las dos, en un local lujoso, de última moda, conocido por Club Sorrento. Murió de una manera relativamente agradable, silenciosa, limpia. La gente bailaba en su derredor. Él estaba solo en una mesa, donde había cenado, y cenado bien. En un momento determinado le vieron doblado hacia adelante, con la cabeza apoyada en los antebrazos, como si se hubiera dormido. Alguien supuso que estaría borracho. Cuando un camarero trató de despertarle, descubrió que lo que estaba era muerto. Tenía un estilete clavada en el corazón; un arma fina, estrecha, elegante, de magnífico acero, que se le había hincado suavemente entre las costillas. Apenas echó sangre, y aun ésta había quedado en el interior de sus ropas. Su oscuro traje de alpaca no mostraba mancha ninguna.

Raymond Link murió ocho horas después, a las diez de la mañana. Lo que a él le ocurrió fue mucho más violento, pero también mucho más vulgar. En la señorial Vía Vittorio Veneto, en pleno centro de la ciudad, a la luz del día y ante docenas de

testigos, un coche lo arrolló. El conductor se dio a la fuga. Al pobre Link lo entraron rápidamente en un café. Dejó tras de sí un tétrico reguero de sangre, y estaba ya muerto cuando trataron de prestarle los primeros auxilios. Fue una pena, porque hacía una mañana maravillosa. Era el 26 de julio de 1956, día de Santa Ana. Lucía el sol. Una brisa cosquilleante mitigaba los ardores del verano romano.

Estas dos muertes en apariencia tan distintas, pero estrechamente relacionadas entre sí, influyeron de una manera muy importante en el destino de un hombre llamado Kenneth Oliver. Este hombre no se hallaba por entonces en Roma. No conocía a Raymond Link, a no ser por vagas referencias. Y, desde luego, jamás había oído hablar de Mohamed Kasser.

CAPÍTULO II

El general Sturm dijo:

—Según mis informes, usted demostró por las cosas italianas, durante varios años, una predilección especial. Tengo entendido que hizo allí la guerra y que, después, estuvo adscrito a nuestra Embajada hasta que necesidades administrativas impusieron su traslado a París.

—No fueron necesidades administrativas.

Ken Oliver examinaba su vaso. Parecía poco interesado en la conversación. En realidad, parecía poco interesado por todo lo que le rodeaba. Atardecía, y había en la terraza del Café de la Opera infinidad de personas tomando el fresco. Oliver y el general ocupaban una mesa muy bien situada para gozar del espectáculo humano; pero el primero sólo miraba su vaso de *whisky*, mientras que el general ni siquiera había probado su ajenjo.

—Sin embargo —dijo Sturm, enarcando sus velludas cejas grises—, usted vino al Cuartel General de la NATO para cubrir la vacante del capitán Colter. Su propio jefe, desde Roma, le propuso. Creo que remitió sobre usted un informe excelente.

—Yo hubiera hecho lo mismo en su caso. Lo único que mi exjefe deseaba era tenerme lo más lejos posible, y aprovechó la ocasión. Las «necesidades administrativas» resultaban una excelente tapadera.

—¿Qué pasó?

—Nada. Tonterías. Todo el mundo lo sabe.

—Yo no. ¿Algo personal?

—Cosas generales. Un lío de mujeres.

Sturm miró al hombre sentado a su lado. Era, de una manera remota, a través de una relación cuyas características conocían

solamente unos cuantos, un subordinado suyo. Y Sturm raras veces tenía en cuenta que sus subordinados eran, además de esto, seres humanos; el hecho de que poseyeran una forma u otra de vida privada solía causarle sorpresas mayúsculas.

Mentalmente le calculó a Oliver entre treinta y dos y treinta y cinco años. Su forma física era la de un atleta de veinte, completada con la dureza y la corpulencia que da la edad. Debía de medir un metro ochenta. Su cabello castaño mostraba en las sienes algunas hebras grises. Su cara expresaba una extraña mezcla de resolución, cinismo, sensualidad e inteligencia. Sus ojos miraban de frente, pero eran herméticos; no mentían, pero tampoco decían nada. Se notaba que se preocupaba muy poco del vestir, aunque ello no conseguía atenuar su natural elegancia, producto de su gallarda actitud, del sólido dibujo de sus rasgos, de armonía de su musculoso cuerpo.

—¿Mujeres? —repitió el general—. ¿Un lío de mujeres?

—Yo no tuve la culpa. No soy el tipo que corre detrás de las mujeres, pero no puedo evitar que ellas corran detrás de mí. Nunca me he buscado complicaciones: son las complicaciones quienes me buscan. —Oliver alzó sus anchos hombros—. Siempre hay complicaciones tratándose de italianas.

Sturm titubeó.

—Bien, me habían... indicado... que es usted el hombre apropiado para desempeñar en Italia cierta misión: conoce el país y habla el idioma. Puede que me haya equivocado y esté perdiendo el tiempo.

—Si esa misión ha de sacarme de París, no pierde el tiempo.

—¿Aunque le lleve a Italia?

—Aunque me lleve a las calderas de Satanás... ¿Cuándo partiría?

—Mañana.

—¿Por qué no esta tarde?

Sturm subió y bajó sus hirsutas cejas. Oliver denotaba tanta indiferencia como un momento antes, y sin embargo estaba dispuesto a abandonar aquella misma tarde París, sin ni siquiera preguntar qué trabajo le sería encomendado.

—He pensado que tendría usted asuntos que resolver.

—ES único que tengo se resolverá por el solo hecho de que yo me vaya. —Oliver consultó su reloj—. Puedo cenar en Roma si me

doy prisa. Necesito solamente diez minutos para, preparar el equipaje. Soy su hombre, señor.

—Está usted loco. No hay tiempo para reservarle pasaje en ninguno de los aviones que parten esta tarde.

—¿Reservarme pasaje? —inquirió Oliver suavemente—. Lo siento, señor... Usted sabe que una misión en Roma no entra en mis atribuciones y que no puede usted obligarme a aceptarla. Se la aceptaré sin discutir solamente con dos condiciones. La primera condición es que un aparato de las Fuerzas Aéreas me lleve a Roma ahora mismo.

—¿Y la segunda?

—La segunda es una pequeña gestión personal por parte de usted. Una simple llamada telefónica. —Oliver sacó un cuaderno de notas y una estilográfica y escribió con letras de imprenta un nombre y un número. Señaló el nombre al general—. ¿Lee usted lo que pone aquí?

—Marie-France Tallien.

—Exacto. Llame a este número, pida por esa paloma y dese a conocer: su grado militar la impresionará. Diga que, por orden superior, he partido con rumbo secreto y que le he confiado el encargo de despedirme de ella. —Oliver se puso en pie—. Esto es todo.

—Todo no —replicó Sturm con frialdad—. Yo no he accedido todavía a esas condiciones. Por otra parte, usted va a Roma a cumplir una misión. ¿Acaso se propone partir sin saber nada de ella?

—Me tiene sin cuidado.

—Siéntese.

Oliver se sentó.

—Muy bien, diga.

—¿Conoce a Raymond Link?

—Personalmente, no. Le he oído mencionar. Cuentan que es un muchacho afortunado, siempre metido en trabajos de altura.

—Era.

La palabra sólo tenía un significado.

—Usted me envía a Roma de camino hacia las calderas de Satanás —dijo Oliver, mirando al general fijamente—. Apuesto a que Link me espera asándose allí.

—Ha acertado. El día veintiséis fue casualmente arrollado por un coche en la Vía Vittorio Veneto.

Ken Oliver se pasó la lengua por los labios.

—Bonita calle. ¿Qué significa para usted «casualmente»?

—Ésa es una de las cosas que usted debe averiguar. El coche y su conductor desaparecieron. Link murió en el acto. Eran las diez de la mañana.

—¿Qué hacía Link en Roma?

Sturm bajó instintivamente la voz.

—Trabajaba en un asunto muy serio. No me cabe la menor duda acerca de que consiguió averiguar algo importante. Lo asesinaron. El accidente fue fingido. No hay pruebas, pero lo fue.

Oliver sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno cuidadosamente.

—Preferiría que empezara por el principio —refunfuñó.

—Link fue a Roma sobre la pista de un gigantesco tráfico clandestino de armas con destino a África del Norte. —El general bajó la voz más aún—. Armas norteamericanas, Oliver. Armas que hemos fabricado nosotros y que los africanos utilizan para exterminar a nuestros aliados, los franceses. El asunto es totalmente confidencial. Link alzó la liebre hace un par de meses y ha trabajado en el mayor secreto, hasta que sus indicios le han conducido a Roma. Se armaría una tremolina internacional si el caso se hiciera público. Un escándalo.

—¿Qué averiguó Link? —preguntó tranquilamente Oliver. Ni la innegable importancia de la cuestión, ni la preocupación con que el general la exponía semejaban haberle afectado—. ¿Algo positivo?

—Iba en pos de un pájaro llamado Mohamed Kasser. Súbdito egipcio. Cuarenta años, uno setenta de estatura, sesenta y cinco de peso, cutis aceitunado, abundante cabello negro. Manejaba más billetes que el cajero de un Banco y no se le conocía ningún negocio legal.

—¿Dónde para?

—La última residencia suya que me fue comunicada era el depósito de cadáveres de Roma:

Oliver hizo una leve mueca.

—Hermosa pista.

—¡Quién sabe! Mohamed Kasser tenía que entrevistarse con Link

cuando murió. No acudió a la cita. Lo despacharon antes, de una puñalada, en la sala de fiestas que está de moda este año.

—¿Cuál es?

—El Club Sorrento.

—¿Indicios?

—De no ser porque lo tenía en la espalda, se hubiera dicho que Kasser se clavó él mismo el estilete. Nadie se dio cuenta de lo que ocurría hasta que, creyéndole borracho, trataron de despertarle.

—Alentador —dijo Oliver—. De modo que es así cómo me envía usted a Roma, con dos muertos por delante y ni un maldito clavo ardiendo a que asirme. ¿Qué espera? ¿Que los muertos sean tres?

—Hay un poco más —replicó Sturm. Se hurgó un bolsillo y extrajo una cuartilla con unas líneas mecanografiadas—. Aquí están, según lo que yo sé, los principales personajes con quienes Link se ha relacionado en Roma. Es todo lo que tengo. Anótelos.

Oliver arrancó de su cuaderno la página en que había escrito el teléfono y el nombre de mujer y la dejó sobre el velador. Puso su vaso de *whisky* encima, para que la brisa no la arrebatara.

—Dicte.

Sturm dictó:

—Deborah Daly, una joven norteamericana que se alojaba, como el propio Link, en el Hotel Villa Imperiale, que es donde se alojará usted también; Giacomo Varese, de quien sé solamente que es italiano, lo cual, en Italia, no significa mucho; Buddy Brand, un músico de color que actúa con su orquesta en el Club Sorrento, o sea precisamente en el lugar donde asesinaron a Mohamed Kasser; por último, Dana Hold, otro norteamericano, del cual no sé una palabra. Link se llevó a la tumba el resultado de su investigación, fuera cual fuese. Únicamente hemos encontrado en su dietario esos nombres. Puede tratarse de una «lista negra» o, por desgracia, de anotaciones que nada tengan que ver con su trabajo. Lo ignoro. Pero deberá usted iniciar sus pesquisas a partir de ahí.

—Me resignaré.

—Es posible, téngalo en cuenta, que el objetivo que Link perseguía haya, por añadidura, dejado de existir. Mis agentes en África del Norte informan que, o bien han cambiado de métodos, o bien el tráfico de armas ha cesado aproximadamente desde la víspera de la muerte de Link. Puede que se trate de una

interrupción temporal dictada por la prudencia, aunque también que el negocio esté definitivamente liquidado.

—Usted se empeña en darme alientos e infundirme esperanzas —dijo mordazmente Oliver—. Se lo agradezco de corazón.

Sturm ignoró el comentario.

—Le proporcionaré un pasaporte diplomático y, a través del ministerio de Defensa italiano, una credencial que le autorice a operar en Italia con toda clase de ayudas oficiales. Encargaré su habitación en el Villa Imperiale. Haré las gestiones precisas por teléfono mientras usted vuela a Roma; pero, en cuanto llegue, le aconsejo que se ponga en contacto con el coronel Zecca, del servicio secreto, que ha sido en cierto modo el asesor de Link. Zecca, oficialmente, ignora en qué asunto estamos trabajando. Si lo ha averiguado bajo mano, eso ya no es cuenta mía. Pero procure usted que no se le suelte la lengua ante él.

—También los consejos los agradezco de corazón.

El general se mordió los labios.

—Discúlpeme, Oliver. Usted no es un novato, por supuesto. Puede darme lecciones a mí.

—Nunca doy lecciones a nadie. —Oliver se puso nuevamente en pie—. ¿Terminó la historia?

—Sí.

—¿Qué hay de mis condiciones?

—Están aceptadas.

—Conforme. Disponga el avión y envíe un coche a buscarme a mi departamento. Dentro de quince minutos, o si es preciso diez, estaré a punto. No olvide la llamada telefónica.

Sturm recogió la hojita de papel retenida por el vaso de *whisky*.

—No la olvidaré —repuso—. Yo mismo iré a por usted y le conduciré al aeropuerto. Quizá tenga nuevas noticias.

No tuvo nuevas noticias.

Hora y pico después, cuando ya Ken Oliver volaba rumbo a su incierto destino, el general, desde su despacho, hizo la llamada telefónica. Marcó el número. Pidió por Marie-France Tallien. Dio el recado. La tempestad de frases iracundas que obtuvo en respuesta le llenó el rostro de sonrojo.

—Líos de mujeres —murmuró al colgar.

—¿Decía usted, señor? —preguntó su ayudante.

—Kenneth Oliver. Una tal Marie-France Tallien me ha dicho de él lo que jamás oí decir de un hombre, Me gustaría saber qué clase de pájara es y de dónde puede haberla sacado. Un lenguaje como el suyo no se aprende en dos días.

—Ella lo ha aprendido en veinticuatro años.

Sturm miró a su ayudante con asombro.

—¿Usted la conoce?

—¿Usted no?

—Claro que no.

—Señor, ¡pero si es la hija de Horace Tallien, el banquero! ¡La heredera de una de las mayores fortunas de Francia! ¿Usted no sabe tampoco que está loca perdida por Oliver? ¡La comidilla de París!

El general carraspeó, confuso.

—Estoy envejeciendo —dijo—. Apuesto a que también ha sido la comidilla de París, o poco menos, el motivo de que Oliver abandonara su puesto en nuestra Embajada en Roma.

—El motivo fue la esposa del coronel O'Brien, su jefe.

—¡Hum!

—Ella estaba ansiosa por divorciarse y cambiar de apellido. Pero Oliver es un caballero, o lo que a principios de siglo se llamaba un caballero... La palabra suena hoy un tanto rara, ¿no es verdad?

«Estoy envejeciendo», repitió Sturm para sí. A él, la palabra no le sonaba rara. Le sonaban raras otras cosas, cosas desquiciadas, incomprensibles, junto a las cuales la teoría de la relatividad de Einstein era un prodigio de claridad.

CAPÍTULO III

Ken Oliver durmió durante todo el trayecto, hasta, Roma, pese a los conatos de conversación que intenté trabar el piloto del «jet». Un taxi le esperaba en el aeropuerto. Era una sorpresa que no le enviasen un coche oficial y que, con excepción del taxista, nadie hubiera acudido a recibirle; una sorpresa agradable, anuncio de que iba a trabajar con la mayor independencia.

El Albergo Villa Imperiale era un hotel nuevo, superfuncional y superlujoso. Oliver contempló la fachada con una sonrisa de conmiseración para los contribuyentes, cuyos impuestos resignadamente pagados le permitían a él rodearse de aquel esplendor, y deseó sin asomo de escrúpulo que el negocio que le llevaba a Roma se prolongase lo más posible.

En la conserjería le entregaron un abultado sobre. Contenía una reconfortante suma de dinero en grandes billetes italianos, con los que liquidó su cuenta al taxista; más una credencial llena de sellos de los ministerios de Defensa y Relaciones Exteriores. La tinta de las firmas casi parecía fresca aún. Estaba claro que las gestiones de Sturm habían sido tan rápidas como eficaces.

La habitación —para Oliver, que soportó hasta poco antes las recargadas y decimonónicas decoraciones del París elegante— era una maravilla de sencillez, comodidad y buen gusto.

—Desea algo más, ¿señor? —preguntó el botones que le había acompañado, sin moverse de la puerta.

Su actitud hablaba. Oliver inspeccionó su colección de billetes y echó mano de uno.

—Toma. Di que me suban una botella de *whisky*.

—¿Qué marca prefiere, señor?

—El mejor escocés de la bodega.

El botones entornó los párpados para mirar el billete. Era un muchacho de unos veinte años, moreno, apuesto, presumido, de aspecto entre romántico y picaresco; la clase de muchacho que trastorna a las turistas inglesas. Su sonrisa descubrió una hilera de blanquísimos dientes.

—Gracias, señor.

—¿Cómo te llamas?

—Erno Canosa.

—Date de vez en cuando una vuelta por aquí. Acaso me seas útil.

Erno tiró del billete con las dos manos, como si quisiera partirlo.

—Me va a tener todo el día a sus órdenes.

Oliver se desnudó y, dejando la puerta abierta para que entrasen con la botella de *whisky*, se metió bajo la ducha. El *whisky* estaba a punto cuando terminó. Fresco, envuelto en la toalla, se preparó el primer trago y encendió un cigarrillo mientras pasaba la vista por las notas que había tomado sobre las relaciones romanas del difunto Raymond Link. No tenía en aquel momento el ánimo propicio a contrabandos de armas y asesinatos. Sin embargo, antes de vestirse para la cena decidió que iniciaría sus pesquisas por Deborah Daly; era la única mujer de la lista, y cualquier detective hubiera hecho lo propio.

Se anudaba la corbata ante el espejo cuando llamaron a la puerta. Abrió con la chaqueta a medio poner.

—He pensado que tal vez pueda ayudarle. —Era el botones, y sonreía insinuantemente—. Es decir, si cena usted en el hotel.

—A los tres años de edad aprendí a comer sin ayuda.

—Me refiero a que no conocerá a nadie. Si yo le busco un lugar estratégico en el comedor, pues... quién sabe... Aquí se hacen amistades muy interesantes, ¿comprende?

Oliver pensó que no se había equivocado al juzgar al muchacho: era listo y sabía cómo tratar a la gente.

Entonces recordó que Deborah Daly se alojaba también en el Villa Imperiale. Era una posibilidad.

—¿Conoces a Deborah Daly?

—¡Oiga, usted no pierde el tiempo!

El americano ignoraba a qué se refería exactamente Erno, pero le dijo que no, que no lo perdía. Añadió:

—Creo que la vecindad de la mesa de Deborah Daly corresponde al concepto que yo tengo de un lugar estratégico.

—No se preocupe. Lo arreglaré con el jefe de camareros.

—¿Cena sola?

—Ahora sí.

—¿Ahora?

Erno asintió.

—Desde que murió Raymond Link. Antes del accidente cenaban la mayoría de las veces juntos. El señor Link era un huésped muy simpático. Tuvo la desgracia de morir atropellado por un coche.

—¡Horrible! —dijo Oliver, sin expresión—. ¿Ha cenado con otros?

—No.

—Espero que esta noche esté sola.

—Lo estará.

El botones parecía capaz de atropellar por su cuenta a todos los posibles Links con tal de ganarse una propina.

—Ese accidente, ¿la apenó mucho?

—Regular. Ella y el señor Link no eran más que amigos, si es a eso a lo que se refiere. Usted no se apure. No hay obstáculos por ese lado.

A Oliver le hubiera gustado saber si la seguridad del muchacho obedecía realmente a una convicción o al mero propósito de pintarle perspectivas agradables.

Pero momentos después, cuando bajó al comedor, deseó que obedeciera a una convicción; pues el jefe de camareros, evidentemente aleccionado, le condujo a una mesa colocada, de una manera muy poco casual, exageradamente próxima a otra en la que había, no una mujer, sino una diosa. Al verla comprendió el sentido de la frase del botones: «¡Oiga, usted no pierde el tiempo!». Se quedaba uno sin respiración ante Deborah Daly. Si era norteamericana, pertenecía a un tipo de norteamericana difícil de encontrar: bien proporcionada, bien moldeada, delicada, cultivada, suave, exquisita, dotada simultáneamente con la joven fresca de América y las añejas esencias de Europa. Tenía el cabello negro, corto, sedoso y rizado; sus grandes ojos verdes y sus exóticos pómulos recordaban los de Michele Morgan; su nariz era una pura delicia, y sus labios, ligeramente abultados, producían con sólo

mirarlos una especie de cosquilleo en lo profundo del espíritu. Llevaba un vestido negro indiscutiblemente hecho en París y lo bastante sencillo como para que costase una fortuna. En sus pendientes y en su anillo, aunque eran sobrios, centelleaban legítimos diamantes.

Oliver la examinó a su gusto mientras cenaba, y ella se dio cuenta. Sus ojos se encontraron en media docena de ocasiones. Estaban sentados tan cerca uno de otro que una especie de intimidad obligada se establecía entre ambos. No obstante, sólo al final de la comida rompió Oliver el hielo del silencio. Fue con una pregunta hecha de sopetón, en tono coloquial, cómo si llevaran ya largo rato hablando:

—¿Conoció suficientemente bien a Raymond Link como para que charlemos de él un poco?

La sorpresa de la muchacha no fue fingida.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Kenneth Oliver. Todo el mundo, excepto mi padre, suele llamarme simplemente Ken.

—Su nombre no me dice nada.

—Trabajo en lo mismo que Link.

—Para mí, Raymond Link estaba algo así como en período de vacaciones.

—Es imposible que piense eso.

Deborah enarcó sus bien dibujadas cejas.

—No suelo hacerme con la ficha profesional de mis amistades.

No decía aquello por el gusto de soltar frases, ni tampoco despectivamente.

—De modo que no podemos hablar de Link porque no sabe de él una palabra.

—No he dicho eso. Me interesan los hombres, no su trabajo.

—¿Le interesan los hombres?

—Algunos.

—Por ejemplo, yo. Ha estado esperando desde el principio que le dirigiese la palabra, aunque no para referirme al pobre Link. No lo niegue.

Ella no lo negó.

—Esperar no es desear —repuso. Y añadió, arrugando ligeramente la nariz—: Aquí hace demasiado calor. —Se levantó

calmosamente y dio a Oliver la primera ocasión de admirar su portentosa figura—. Si sus temas de conversación terminan en Raymond Link, lamentaré mucho tener que abandonarle. Buenas noches, señor Ken lo-que-sea.

—Mis temas de conversación pueden ir muy lejos —dijo él, sin moverse—. A veces van incluso demasiado lejos.

—El tipo audaz con las mujeres, ¿eh?

—No me he referido para nada a las mujeres.

Deborah recogió de la silla contigua a la suya una echarpe de tul y un pequeño bolso. Se detuvo para mirar a Oliver fija y francamente, con no disimulada perplejidad.

—No le entiendo —confesó.

Él se puso entonces en pie.

—Si no tiene otro compromiso, le sugiero que dediquemos el resto de la noche a entendernos mutuamente. A poco que me estimulen puedo ser, incluso, un compañero divertido. Conozco Roma y los sitios agradables de Roma.

—Al fin hemos llegado a lo de siempre —sonrió la joven—. Conforme, vamos.

Tenía su coche en el parque del hotel: un «Ferrari» especial, rojo, descapotable, que debía valer miles y miles. Oliver se preguntó de dónde procedería su dinero. No tenía acerca de ella la menor información, y su aspecto, si bien correspondía a una mujer de mundo, lo mismo que su aplomo, no le decía en el fondo absolutamente nada. Deborah Daly podía ser una aventurera con suerte, tanto como la rica heredera de un rey del petróleo; y Raymond Link pudo haber cultivado su amistad tanto por sus relaciones con el tráfico de armas como por su inquietante belleza. El enigma estaba aún por resolver.

El «Ferrari» se adentró rugiendo por la autopista de Ostia, en dirección al mar. El viento revolvía los cortos y rizados cabellos de la muchacha. Asida al volante con fuerza, parecía experimentar en la velocidad alguna forma de éxtasis.

Apenas hablaron hasta que, siguiendo las indicaciones de Oliver, hicieron alto en una pequeña hostería cuya terraza se asomaba al mar entre las copas de los pinos. Unos músicos vestidos a la usanza típica ligur tocaban suavemente. A juzgar por los coches estacionados ante el local, éste sólo admitía clientes de postín; pero,

de todos los coches, el de Deborah se llevaba la palma. Y de todos los clientes, ella, como persona, se la llevaba también.

Un camarero que hacía una breve reverencia cada tres pasos los condujo a una de las mesas libres. Pidieron una botella de champaña. La música invitaba a la intimidad. En lo alto del cielo brillaba un cuarto de luna.

—Aquí ya no hace calor —dijo Oliver.

La joven asintió distraídamente. Pero repuso:

—A usted, el calor le tiene sin cuidado.

—¿Eso qué importa?

—Claro que importa. Le tienen sin cuidado muchas cosas, en realidad. Le tengo sin cuidado yo misma; es decir, lo que de mí no suele tener sin cuidado a ningún hombre. —Sonrió y miró a Oliver a la cara—. He reflexionado. Puede empezar a preguntar lo que guste.

Él sostuvo su mirada.

—¿Le parece que quiero averiguar algo?

—Para eso convenció al jefe de camareros de que le sentara junto a mi mesa. Cuando digo «convenció» quiero decir «sobornó».

—Es el procedimiento habitual, ¿no?

—Es el procedimiento habitual para los donjuanes. Quienes se sientan en la mesa que usted ocupaba esta noche se ponen inevitablemente a galantearme. Usted no lo ha hecho, y no es tímido.

—Iré al grano, si lo prefiere.

—Sí.

Oliver inspeccionó su copa de champaña.

—¿Sabe a qué se dedicaba el pobre Raymond Link?

Alzó súbitamente los ojos de la copa, para observar la cara con que Deborah le daba su respuesta.

—Lo ignoro.

Hubiera jurado que no mentía.

—Era un agente del servicio de información del Cuartel General de las fuerzas de los Estados Unidos en Europa.

La joven ni siquiera pestañeó.

—Eso tan largo significa que era un espía, o digamos un agente secreto.

—Secreto a medias.

—Lo he supuesto, pero no de él, sino de usted.

—Yo soy más o menos lo mismo —asintió Oliver—. ¿Contestará a todo lo que le pregunte?

—Si puedo, ¿por qué no?

—No se trata de un interrogatorio oficial ni de nada solemne. Está usted matando la noche con el amigo Ken Oliver. No conteste si no quiere, pero le pido por favor que lo haga.

Ella sonrió.

—No tiene cara de ser hombre que pida las cosas por favor.

—Sólo lo hago cuando no es necesario. ¿Cómo conoció a Raymond Link?

—Una noche se sentó en la misma mesa que usted hoy.

—Quiero que me diga sinceramente si lo hizo para cortejarla o si le parece que tuvo otro motivo.

Deborah titubeó.

—Estoy convencida de que buscaba algo más que mi compañía.

—¿Qué fue?

—Lo ignoro.

—Reflexione. Link le preguntaría cosas, se interesaría por determinados aspectos de su vida, por personas a quienes usted tratase.

—Nunca hablamos más que de temas corrientes. Buscará lo que buscase, jamás se traicionó delante de mí.

—Entonces, ¿cómo sabe que buscaba algo?

La joven se encogió de hombros.

—Es una sensación que experimentaría cualquier mujer. La sensación, tan poco halagadora, de que yo representaba para Link tanto como un mueble, o peor, como un trasto inútil. Se hubiera comportado conmigo de la misma forma en caso de ser yo un trasto, un mueble, una vieja, un monstruo, una niña, un hombre, cualquier cosa. Juraría que murió sin saber siquiera de qué color tengo los ojos, y ya no digo, por ejemplo, sin saber lo que pienso de los comunistas, o si me gustan o no las flores. Si yo, como persona, no le importaba lo más mínimo, es que le importaba algo más. Con usted me ocurre otro tanto, salvo que usted ha confesado que lo que le importa es Raymond Link. Él nunca lo confesó.

—¿Usted se lo preguntó?

—Sí.

—¿Y bien?

—Contestó que me admiraba y que se envanecía de exhibirse a mi lado. Mentía para halagarme.

—¿Link era un hombre atractivo?

—Mucho. Todo hombre a quien una no entiende lo es. Por eso estoy con usted en este momento.

—¡Hum! —murmuró Oliver—. ¿Conoció a alguna de las amistades de Link?

—No.

—¿A un egipcio llamado Mohamed Kasser?

—No.

—¿A Buddy Brand, un músico? ¿A Giacomo Varese? ¿A Dana Hold?

Deborah frunció el entrecejo.

—Conozco a Buddy Brand como puede conocerle cualquiera que ponga alguna vez los pies en el Club Sorrento, donde actúa. En cuanto a Dana Hold, ¿qué tenía él que ver con Link?

—¿Le conoce?

—Es el marido de mi madre.

Oliver se llevó lentamente la copa de champaña a los labios. No demostró ningún interés.

—Quiere decir que es su padrastro.

—No exactamente. Mis padres se divorciaron hace quince años, y mi madre se casó con Hold. La tutela mía fue concedida a mi padre, que no volvió a casarse. Murió en 1952. Veo a mi madre y a Hold muy raras veces.

—¿Están en Italia?

—Estuvieron hasta hace una semana. Vienen con frecuencia. Mi madre es italiana, nacida aquí, en Roma, aunque se crió en los Estados Unidos.

Oliver calculó mentalmente. Una semana atrás. Veinticinco de julio. La víspera de los asesinatos de Kasser y Link.

—¿A qué se dedica Hold?

—Tiene en Nueva York un negocio de importación y exportación. Un negocio muy importante.

Un hombre puede planear dos asesinatos y partir la víspera de que se cometan. Si dispone de un buen ejecutor, su presencia física en el lugar del crimen no es necesaria.

Deborah preguntó:

—¿Usted sugiere que Link y Dana Hold se conocían?

—¿No era así?

—Jamás les vi juntos. Jamás me hablaron uno de otro. ¿De dónde ha sacado eso?

—El nombre de Hold figuraba en la lista de las relaciones de Link. Es todo lo que sé respecto a este asunto.

—¡Increíble! —dijo vivamente la muchacha—. Entonces, ¡habrá que suponer que el interés de Link por mí se debía en realidad a Dana Hold! ¡Lo más absurdo que he oído en mi vida!

—¿Por qué absurdo? ¿No trabajará usted para Hold, quizá? ¿No será su representante en Roma, o algo parecido?

De una manera súbita, casi brutal, Deborah rompió a reír amargamente.

—Yo no trabajo para nadie. En cierta ocasión intenté desempeñar un empleo y lo dejó cuando me echaron en cara que estaba ocupando el puesto y robando el pan a quien lo necesitaba para vivir. He tenido la desgracia de heredar de mi padre veinticinco millones de dólares en acciones de cinco compañías de seguros, de dos compañías navieras y de tres de ferrocarriles, todos ellos negocios excelentes. Si le seduce el oficio de cazadotes, soy la pieza ideal para ensayarlo. Haría en la lista el número sesenta y seis.

Oliver tragó saliva.

—No, gracias. Sigamos con lo de Hold.

—No hay nada más. Nuestro trato se limita a un intercambio de frases protocolarias las pocas veces que nos vemos.

—¿Qué sabe de sus negocios? ¿A qué países exporta?

—No tengo la menor idea. Si lo hace a Italia, en nuestra Cámara de Comercio le informarán... No hablemos de Hold, se lo suplico. Es un hombre que me irrita los nervios.

—¿Y de Giacomo Varese?

—Desconocido.

Oliver suspiró.

—Conforme. ¿Quiere que bailemos un rato?

No pensaba en el baile, sino en Dana Hold y en los motivos el hecho parecía evidente que Link habría tenido para sospechar de Dana Hold. Pero apenas Deborah se levantó y se dejó asir, apenas le pasó un brazo por la espalda, cesó de pensar en ello. Un fino dedo

le rozó un instante la nuca. Encontró junto a la suya una mejilla suave.

Dijo:

—Esta forma de bailar es peligrosa.

Una risa susurrante sonó muy cerca de su oído.

—¿Para quién de los dos?

—Por lo menos para mí.

—Yo le ayudaré a no perder la cabeza.

Bailaron. Una brisa alegre llegaba del mar, por entre los pinos. El cuarto de luna trepaba por el cielo. La música parecía diluirse en el aire hechizado de la terraza.

Oliver ya no sabía si habían transcurrido minutos u horas cuando sus labios rozaron involuntariamente la mejilla de la joven. Sintió algo. Estaba seguro de que ella lo había sentido también.

La miró a los ojos.

—No me bese, Ken —dijo Deborah—. Por favor, no me bese esta noche.

Y más tarde, en un murmullo:

—Todavía no.

CAPÍTULO IV

Erno golpeó la puerta y entró antes de que le dieran permiso.

—Buenos días, señor Oliver. Su desayuno.

Dejó la bandeja sobre una mesilla, y se disponía a retirarse cuando Oliver le retuvo con un soñoliento ademán.

—Aguarda. ¿Tienes mucho trabajo en este momento?

El botones se inmovilizó a un metro de la puerta.

—Depende.

Oliver se incorporó en la cama y le arrojó un paquete de cigarrillos que había en la repisa de la cabecera.

—Siéntate y fuma uno.

Erno era desenvuelto, pero no debía de estar acostumbrado a semejante familiaridad por parte de los clientes, pues dudó un instante antes de encender el pitillo e instalarse en el borde de una butaca.

—¿Recuerdas bien a Raymond Link, Erno?

El muchacho sonrió maliciosamente.

—Yo sí, señor Oliver.

—Te pasas de listo. Me tienen sin cuidado sus cenas con la señorita Daly.

—¿Qué quiere saber?

—Quiero que hagas memoria. Si la tienes buena, es posible que consigas este mes un sobresueldo importante.

Erno se frotó instintivamente las manos.

—Venga la pregunta.

—¿Con qué personas viste al señor Link, aparte la señorita Daly, durante el tiempo que se hospedó en el hotel?

El botones reflexionó largo rato, y al fin movió la cabeza en sentido negativo.

—Con nadie. Nunca le vi acompañado.

—Es necesario que estés perfectamente seguro.

La nueva reflexión fue más breve.

—Lo estoy, señor Oliver.

—Erno —el tono de Oliver se hizo grave—, no vas a decirle a nadie una palabra de lo que estamos hablando ahora, ¿comprendido?

—Puede confiar en mí. —El botones expelió vanidosamente dos chorros de humo por la nariz—. Soy fiel a quien me paga. Fiel hasta la muerte.

—Me basta con que seas fiel hasta más allá del soborno. ¿Tienes modo de averiguar algo sobre las llamadas telefónicas que el señor Link hizo desde el hotel, o sobre las que recibió?

—Si alguna fue importante, es posible; en particular si se trataba de una llamada exterior. Las demás... Bueno, para mí que las preciosidades de la centralilla son bastante curiosas. Hay esperanzas.

—¿Has dicho preciosidades?

—Caramelo puro.

—Mete la mano en el bolsillo derecho de esos pantalones. — Oliver señaló los que había dejado sobre el respaldo de una silla—. Saca diez mil liras. Son para ti.

Erno tardó en levantarse, como si temiera que el americano fuera a reírse de su credulidad si obedecía. Oliver añadió:

—Te pongo una condición.

Entonces fue cuando el muchacho se precipitó sobre el botín.

—Usted dirá, señor Millones.

—¿Cuántas telefonistas hay?

—Tres. Una para cada turno.

—¿Tres preciosidades?

—A cual más.

—Esas diez mil liras te las gastas con ellas; primero con la que te guste menos, no sea que no llegues a la segunda.

—¿Bromea?

—Y averigua, de paso, todo lo referente a las llamadas.

—¡Por diez mil liras le averiguo el secreto de la bomba atómica si es preciso!

—No pido tanto —dijo Oliver fríamente—. Compórtate con

discreción y no me nombres a mí, esto es todo.

Erno sonreía con entusiasmo.

—Da gusto trabajar para ustedes. Creí que era cosa de las películas, pero veo que también es así en la realidad.

—¿Quiénes somos «nosotros»?

—Los agentes del

F. B. I.

Oliver miró al muchacho fijamente.

—Tú has perdido el juicio. El

F. B. I.

no pinta nada en esto.

—¡Oh, vamos, conmigo no es necesario que finja! El señor Link era un agente del F. B. I, y murió atropellado sin que apareciera el coche que lo despachó. Fue una cosa bastante rara. Luego, a los, pocos días, viene usted haciéndome preguntas y cubriéndome de oro para que averigüe lo que pueda respecto a él. Dicen que ustedes nunca abandonan una pista aunque les lleve al Polo Norte, y que, cuando uno cae, otro ocupa inmediatamente su lugar. Está bien claro.

—De modo —el razonamiento no parecía haberle hecho a Oliver ninguna gracia— que Link pertenecía al

F. B. I.

¿Quién te ha contado esa novela?

—Yo mismo lo noté.

—¿Por qué?

—No lo sé. Lo hubiera notado a cien kilómetros. Era uno de esos tipos que salen en el cine. Lo era en todo, desde su modo de sonreír a su forma de anudarse la corbata, o de beber cerveza. Pasé mucho tiempo observándole. Nunca, mientras estaba en el hotel, parecía ocuparse de nada, pero si uno se fijaba veía que tenía constantemente los sentidos muy muy despiertos. Miraba a la gente como mira Kirk Douglas, ¿entiende lo que quiero decir?

El americano hizo una mueca.

—Está bien, Erno; piensa lo que más te divierta. Espero que ese empacho de películas no te atonte a la hora de hacer lo que te he encargado. Vete ya.

—¿Le he molestado? —preguntó el botones con aprensión.

—No. Pero me gustan los colaboradores rápidos y eficaces.

Mañana quiero noticias con el desayuno, o se acabó el negocio.

—Tendrá las noticias.

Erno saludó militarmente, salió y cerró la puerta.

A juzgar por lo que contenía la bandeja del desayuno, el Villa Imperiale había adoptado la norma de cultivar la obesidad de sus clientes. Oliver seleccionó unos tacos de jamón y los roció con *whisky*. Cuando estuvo vestido trató de obtener comunicación telefónica con la habitación de Deborah, pero la muchacha había salido. Entonces dejó en conserjería un recado citándola para la hora de almorzar en los jardines del hotel, y abandonó éste.

Un taxi le condujo al ministerio de Defensa. Pidió por el coronel Zecca. Atravesó medio edificio en pos de un ordenanza, fue introducido en un antedespacho y se le invitó a esperar. Pensó que la espera sería breve. Sin embargo, le ocupó el tiempo de fumar dos cigarrillos, más un cuarto de hora de pasear de un extremo a otro de la habitación.

Estaba ya harto, nervioso e irritado cuando la puerta del despacho se abrió y por ella salió una mujer alta y morena, de paso ondulante, que se detuvo en el umbral para lanzar hacia atrás un beso con la punta de los dedos. La puerta volvió a cerrarse y la mujer se alejó mirando a Oliver de reojo y dejando una estela de insinuante perfume.

Sonó un zumbador. Un Ordenanza cruzó el antedespacho, introdujo la cabeza por la puerta, retrocedió e hizo a Oliver seña de que pasara.

Zecca se parecía al conde Sforza, entre otras cosas porque usaba monóculo. Era una especie de conde Sforza a los cuarenta años de edad, pero con ojos burlones, penetrantes, un tanto cínicos. Vestía un impecable traje gris. Estaba en pie junto a su mesa.

—Siéntese y diga lo que precise.

A Oliver no le gustó su tono desdenoso.

—¿Se ha divertido con la morena?

Las negras y vivas pupilas del coronel centellearon.

—¿Cómo?

—Es una pregunta lógica, creo yo, después de lo que por su culpa me ha tocado esperar. —Oliver miró apreciativamente en torno—. Tiene usted un despacho muy confortable. Comprendo que sea agradable recibir aquí ciertas visitas.

Zecca enrojeció y estuvo a punto de dar curso a su cólera, pero algo vio en la cara impenetrable del americano que le indujo a dominarse.

—¿Quién es usted? —preguntó abruptamente.

Oliver arrojó su credencial sobre la mesa. El coronel la leyó muy despacio. Luego guardó un instante de silencio.

—Un investigador americano —dijo con calma, aunque forzando un poco la voz—. Debo felicitarle por su dominio de nuestro idioma, ya que no sus buenos modales. Su nombre parece ser Kenneth Oliver.

—Si no hay error en ese documento.

—Está bien, le escucho.

—¿Acaso no sabe a qué he venido aquí?

—Lo supongo. Pero hable, de todos modos.

—Usted, hasta cierto punto, le prestó ayuda a mi colega Raymond Link.

Zecca se inspeccionó las uñas.

—¿Se refiere al que sufrió un accidente mortal?

—En París me han dicho que murió asesinado.

—¿Sí? París está un poco lejos del lugar donde ocurrió el atropello, ¿no cree?

—¿Se ha sabido algo del coche que lo provocó?

—Nada.

Oliver apretó los dientes.

—¿A qué se ha dedicado últimamente la policía romana? ¿A contemplar monumentos?

—Ojalá —dijo Zecca tranquilamente, mirando al americano a los ojos—. Eso, por lo menos, elevaría su nivel cultural. ¿Trae usted otras preguntas de la misma índole?

—¿Cuáles eran la marca y tipo del automóvil?

—Era un coche americano, Un «Chevrolet» pintado de dos tonos de azul, un sedán, probablemente modelo 1953.

—Los coches americanos constituyen una pequeña minoría en las calles de Roma. Cuesta creer que uno tan característico, incluso con sus dos tonos de pintura, no haya sido localizado.

—¿Cuesta? —preguntó el coronel burlonamente.

—¿Qué le pasa a usted? —inquirió Oliver, sin animosidad—. ¿Tiene este asunto atagantado, o es que se niega a colaborar por

sistema? ¿O acaso se ha levantado hoy con el pie izquierdo?

Zecca rodeó lentamente la mesa y se instaló en el sillón que había detrás. Sacó una pitillera de oro y encendió un cigarrillo con un encendedor también de oro. No le ofreció a Oliver.

—Tengo una cosa atragantada —dijo—, pero no es este asunto. Son sus modales, señor Oliver. Fueron, en su día, los modales del señor Link. Yo no les he pedido a ustedes nada. Yo hago mi trabajo y ustedes hacen el suyo. Si esto no les gusta, con dejarme en paz está todo resuelto.

—He sido comisionado por el propio Gobierno italiano para esta investigación.

—Hágala.

—¿Vino o no vino Link a visitarle?

—Vino una vez.

—¿Qué quería?

—Conocer lo que nuestro servicio secreto tenía contra un súbdito egipcio llamado Mohamed Kasser, de quien el señor Link pretendía que se dedicaba a actividades ilegales.

—¿Y bien?

—No teníamos ni tenemos nada contra él.

—¡Pero Kasser ha muerto asesinado!

—¿Prueba eso algo, señor Oliver?

—Evidentemente, no —dijo el americano, entre dientes—. Es una actividad ilegal asesinar a alguien, pero no ser víctima de un asesinato. Perfectamente. ¿A qué actividades se refería Link?

—Pronunció estas palabras: «actividades ilegales»; ni una más. Me pidió colaboración, como usted. Ambos, según veo, tienen de la colaboración un concepto sorprendente.

—Yo hago lo que me ordenan.

—Ésa es la diferencia entre nosotros —replicó suavemente el coronel—. Yo soy quien ordena aquí. Y si no tiene otra cosa que exponerme le agradeceré que se retire.

Oliver titubeó. Por fin dijo:

—Necesito informes acerca de tres personas. Be llaman Giacomo Varese, Buddy Brand y Dana Hold.

—¿Qué clase de informes?

—Todo lo que en Italia se sepa de ellos.

—¿Relacionado con qué?

El americano sonrió. En el fondo, no recriminaba al coronel Zecca por la hostilidad que le demostraba. Era fácil colocarse en su posición, y ésta no tenía nada de agradable: verse requerido por un extranjero para que contribuyese a una labor cuya naturaleza ignoraba, o por lo menos ignoraba oficialmente. De estar él en el puesto de Zecca, le hubiera arrojado cualquier objeto a la cabeza al intruso. Pero tenía que ser así, y no de otro modo.



Respondió:

—Relacionado con sus posibles actividades ilegales.

El coronel permaneció un momento inmóvil. Luego pulsó uno de los botones del cuadro que había sobre su mesa. En el despacho se abrió una puerta lateral y apareció un hombre joven, con gafas, vestido de azul.

—Deje usted esos nombres a mi secretario —dijo Zecca, arrojando hacia el techo el humo de su cigarrillo—. Pase por aquí, o llame por teléfono, dentro de dos horas. Adiós, señor Oliver. Aunque sus métodos sean, por desgracia, los mismos, le deseo mejor suerte que al malogrado señor Link.

CAPÍTULO V

Oliver dedicó las dos horas de que disponía a enviarle un breve informe telegráfico al general Sturm, solicitando una urgente investigación sobre Dana Hold. A continuación alquiló un coche, un «Fiat» negro en perfecto estado. Por último llamó al coronel Zecca.

No habló con él, sino con su secretario.

—Hay pocos datos aún, señor Oliver. Buddy Brand y el señor Hold son extranjeros de los que apenas tenemos referencias. El señor Varese es un agente de seguros bien considerado y en excelente posición económica. Nada hace sospechar que sus negocios sean ilegales.

Dana Hold estaba fuera de Italia y a Brand podía encontrarle cualquier noche en el Club Sorrento, pensó Oliver; pero Giacomo Varese se hallaba aún fuera de sus alcances.

—¿Tiene sus señas?

—Sí.

—Démelas. Me ahorrará el trabajo de buscarlas en el anuario de seguros.

Cuando hubo anotado las señas, tanto de la oficina de Varese como de su domicilio particular, llamó a aquélla. Varese no estaba. Un minuto de insistir le valió averiguar que se había quedado en casa, ligeramente indispuerto. Entonces se sentó al volante del «Fiat» y se dirigió hacia allí.

El domicilio de Varese se hallaba lejos del centro, del lado de Villa Ada. Era una construcción ultramoderna, de piedra gris y plafones de colores vivos, perfectamente ambientada entre una loma verde y un muro superviviente de los tiempos imperiales. Se necesitaba indudablemente dinero largo para vivir allí.

Un ancho camino amarillo conducía hasta la puerta. Oliver se

apeó del coche y llamó.

Abrió una doncella no mal parecida.

—¿El señor Varese?

—No sé si está en casa, señor. Si está, ¿a quién anuncio?

—Ken Oliver.

—¿Qué asunto?

—De vida o muerte. O acaso. —Oliver mostró los dientes en una forzada sonrisa— de muerte nada más. No lo sé todavía.

La doncella le miró con desconcierto. Aunque titubeando, le franqueó el paso al vestíbulo. El decorador que había montado aquello sabía lo que hacía y cómo había que gastar el dinero para que luciese.

—¿Señor Oliver?

La doncella se había ausentado un instante. Regresaba con una expresión como de inquietud.

—Ujú.

—El señor Varese le espera en su despacho.

El despacho estaba al final de un corto pasillo de paredes color verde viejo. Era una pieza soberbia, alegre, llena de luz. El hombre que aguardaba junto a una gran mesa de madera clara debía de tener sobre los cuarenta y cinco años. Macizo, de gran corpulencia, usaba unas gruesas gafas de concha. Vestía un batín de seda color vino.

—¿Desea usted hablarme?

Estaba resfriado. Uno de esos incómodos resfriados de verano, más molestos y aparatosos que cualquier enfermedad grave.

—¿Es usted Giacomo Varese?

—Sí.

A la derecha de donde se hallaba Oliver sonó una tosecilla. Al volverse hacia allí, el americano descubrió a otro hombre. Era joven, flaco, moreno, de cabello largo y ondulado. Llevaba un traje muy bien cortado, de un color claro indefinible que casi parecía rosa. Aparentemente, no prestaba atención a la conversación, a Oliver ni a Varese. Tenía la cabeza baja. Sus largas y nerviosas manos jugaban con un bonito revólver calibre 32, de cachas labradas en marfil.

—Es mi secretario —aclaró Varese en tono natural—. Tiene mucha afición a esos chismes. Ha ganado un campeonato de tiro.

El aludido enderezó un poco la cabeza y exhibió, en una estudiada sonrisa, una perfecta hilera de dientes blancos.

—Me parece excelente —dijo Oliver. Hizo un rápido movimiento. La mayor sorpresa asomó a los rostros de Varese y del secretario cuando una pesada y negra «Magnum» semejó saltar a sus dedos desde la funda axilar—. Yo comparto desde niño esa afición.

Hubo un desagradable silencio. Lo rompió Varese.

—Muy oportuno, señor. ¿Su nombre es Oliver?

—Ken Oliver.

—¿Norteamericano?

Oliver devolvió la automática a su funda, pero, ostensiblemente, no se abrochó la chaqueta.

—Sí.

—¿Qué asunto le trae?

—En primer lugar, la curiosidad de saber lo que opina usted de los crímenes perfectos.

Hubo otro silencio desagradable.

—No comprendo —dijo Varese—. Dudo que nadie visite a una persona a quien no conoce para preguntarle tonterías de ese calibre. Usted bromea, ¿no es así? ¿O se trata de alguna forma de encuesta pública?

—En segundo lugar —añadió Oliver—, quiero preguntarle si posee usted un sedán «Chevrolet», modelo 1953, pintado en dos tonos de azul.

La dura cara del agente de seguros no se alteró.

—Sigo sin comprender. Y por supuesto, no poseo ese coche.

El titulado secretario intervino:

—Tal vez convendría que el señor Oliver se expresara con mayor claridad.

Oliver replicó por encima del hombro:

—Estamos hablando las personas mayores. Usted cuide de no pillarse los dedos con ese cacharrito.

El joven avanzó dos pasos. Oliver le esperó con perfecta calma.

—Salga un momento, Gino —dijo secamente Varese.

Gino obedeció, pero dio un expresivo portazo al salir.

—Ahora —añadió el agente de seguros— le ruego que vaya al grano. ¿Qué es lo que desea exactamente?

—Averiguar quién mató a Raymond Link.

Varese hizo un gesto de impaciencia.

—Usted se ha fugado de un manicomio, o me confunde con otra persona. No entiendo una palabra. ¿Quién es Raymond Link? ¿Qué tengo yo que ver con él?

—Link murió hace una semana en la Vía Vittorio Veneto, arrollado por un «Chevrolet» azul.

—¡Oh, cierto! —Varese sacó un pañuelo del bolsillo y estornudó—. Recuerdo el caso. Por razones de mi profesión soy un lector asiduo, en los periódicos, de la crónica de sucesos. Pero insisto en que usted se equivoca. La víctima de ese accidente no era cliente mío, ni el causante tampoco. Si hay algún seguro pendiente no pasó por mis manos.

—No he hablado de seguros —dijo lentamente Oliver—. Tampoco fue un accidente lo que ocurrió. Raymond Link era un investigador militar norteamericano, lo que el vulgo llama un agente secreto. Trabajaba en un asunto de envergadura internacional, y estaba tan cerca de resolverlo que sus enemigos no vacilaron en matarle en pleno día.

—Eso parece una novela.

—¡Basta ya! ¡Usted conocía perfectamente a Link!

Los ojos de Varese ardían detrás de las gafas.

—Mire, señor, terminemos de una vez. No consiento que un desequilibrado venga a importunarme en mi propia casa. Le suplico que se marche, y en caso de que obre de buena fe, que revise sus informes. Yo no sé nada de esos extraños asuntos. Si persiste en su actitud me veré precisado a llamar a la policía.

Oliver se inclinó sobre la mesa y levantó el aparato telefónico.

—Hágalo. Diez contra uno a que no se atreve.

Varese tomó el aparato, pero para devolverlo a su horquilla.

—No sea niño.

—¿Tiene miedo?

—No me gusta meterme en líos inútilmente. Márchese. Pierde el tiempo aquí, se lo aseguro.

—Muy bien —dijo el americano. Estaba furioso, pero comprendía que había sido derrotado. No podía oponerse a Varese sin ni siquiera una vaga acusación contra él; y quizá, por otra parte, el agente de seguros era tan ajeno al caso como pretendía. No tenía la menor prueba, salvo el juego del llamado Gino con su revólver, lo

cual apenas era una prueba, de que no le hubiese conducido hasta allí una confusión—. Muy bien. Varese. Tiene razón: pierdo el tiempo. Pero, o mucho me equivoco, o volveremos a vernos cuando lo haya recuperado. Acaso entonces sea tarde. Para usted, naturalmente.

—Cuerno, ¡menudo pelmazo! —exclamó desesperadamente el agente de seguros—. ¡Lárguese ya!

Oliver retrocedió tranquilamente. Salió al pasillo. Unos metros más allá, apoyado en la pared, sobre cuyo fondo verde viejo destacaba su traje color de rosa, estaba Gino. Ahora no tenía en la mano el revólver.

El americano pasó ante él sin ni siquiera mirarle. Atravesó el vestíbulo, abrió por sí mismo la puerta, la cerró de golpe y se acomodó en el «Fiat».

Descendió por el camino amarillo. Cuando lo hubo recorrido entero, sin embargo, no se alejó más de la casa. Tenía antes algo muy importante que hacer.

CAPÍTULO VI

Oliver, a distancia, rodeó el bello edificio y detuvo el coche en la parte trasera. No le importaba que desde el interior hubieran observado y seguido su maniobra. Casi lo prefería: ello les haría perder un tiempo que a él le era precioso.

Desenfundó la «Magnum», sacó del bolsillo un cilindro silenciador y lo aplicó al cañón. Allí, en la parte trasera, estaba la conexión telefónica de la casa. Podía verla aunque se hallaba lejos: una caja rectangular donde coincidían los cables.

Apuntó. Era un blanco exasperantemente difícil. Disparó todo el cargador, rectificando la puntería después de cada tiro. No podía precisarlo, porque únicamente distinguía la caja como un rectángulo diminuto, pero estaba seguro de que más de la mitad de las balas la habían alcanzado. Bastarían para causarle daños graves.

Terminada la operación, dio marcha atrás al coche y volvió a la calle. Miró en arabas direcciones, tratando de imaginar adónde se dirigirían Varese, su secretario o cualquier persona procedente de la casa si el teléfono de ésta no funcionara y necesitaran efectuar una llamada urgente. Descubrió una pequeña cafetería. Había una remota probabilidad de que fuera ella el lugar elegido, y si no lo era, todo el esfuerzo se habría desperdiciado; pero tenían que suceder tantas cosas y coincidir tantas minucias para que el plan de Oliver diera frutos, que una más carecía de trascendencia.

Una de tales cosas era que Giacomo Varese se hallara complicado en el tráfico de armas; otra, que los disparos le hubieran inutilizado el teléfono: otra, que no trabajase solo, o sea que deseara prevenir a sus cómplices, sus subordinados o sus jefes. Oliver ocultó el coche en una bocacalle inmediata a la cafetería y se dispuso a esperar, con la vista fija en la casa de la loma.

Por una especie de milagro, todo ocurrió cómo deseaba. A las doce y diecinueve minutos, el propio Varese salió apresuradamente de la casa. Se había despojado del batín: llevaba una chaqueta que no correspondía a los pantalones, y un pañuelo al cuello. Descendió por el camino. Miró a derecha e izquierda al llegar a la calle. Titubeó. Se decidió por fin, y casi a la carrera se dirigió a la cafetería.

Sonriendo con los labios apretados, el americano saltó del «Fiat». Miró a través del escaparate del establecimiento antes de entrar; distinguió a Varese bajando por una escalera que sin duda conducía a los servicios; la siguió. Abajo no había cabinas, sino tres aparatos adosados a la pared y separados por pequeñas mamparas. Varese le compraba una ficha a la encargada de los teléfonos. Cuando hubo iniciado la conversación, Oliver se aproximó por detrás de él y se situó en el aparato contiguo. La mampara le ocultaba su rostro, pero oía a su vecino perfectamente.

—¡Le aseguro que no me gusta nada! —Estaba diciendo el italiano, con su voz de resfriado veraniego tensa y nerviosa—. ¡Nada en absoluto! ¿Cómo? ¿Por qué?

Escuchó un rato. Oliver suspiró silenciosamente. Por un instante había temido que, a fin de cuentas, la prisa de Varese estuviera motivada por el deseo de encargar un tubo de aspirina a la farmacia. Su tono, empero, no era el de quien encarga un tubo de aspirina.

—¡Allá usted! —exclamó luego—. Haga lo que mejor le parezca, yo me lavo las manos. Sin embargo, permítame advertirle que me da en la nariz que la cosa tiene más importancia de la que usted le concede... ¡Eh! ¡Oiga! ¡Oiga!

Oliver aguardó ansiosamente a que Varese pronunciara el nombre de su interlocutor, quien, evidentemente, le había colgado el teléfono. No tuvo tanta suerte. El nombre no fue pronunciado. Varese masculló una maldición, depositó violentamente el aparato en su soporte y retrocedió hacia la escalera. El americano fue en pos de él. Le alcanzó arriba, en el bar, donde pedía una copa de ginebra. Estaba ligeramente congestionado, furioso, impaciente.

Cuando hubo apurado la copa, Oliver, que se hallaba a su espalda, dijo con suavidad:

—Puede salir sin pagar. Yo le invito.

Varese se sobresaltó. Posó en el americano sus ojos muy abiertos. Se humedeció los labios con la lengua. Su mente trabajaba sin duda a toda presión para establecer si Oliver acababa de llegar o le había espiado desde su entrada en el local. Al cabo, vencido por los nervios, y sin haber articulado todavía una palabra, giró sobre sus talones y salió. Había tomado al pie de la letra la invitación: su ginebra no estaba pagada.

El italiano estaba aún a la vista cuando Oliver ganó la calle. Volvió una vez la cabeza. Oliver le saludó con un burlón ademán. Se sentía profundamente satisfecho del temor y el desconcierto que Varese demostraba. Cualquiera que fuese su papel en el asunto, era seguro que tenía un papel. Comprobarlo significaba haber dado en la investigación un paso de gigante.

Al sentarse de nuevo al volante, el americano vio que su reloj marcaba más de las doce y media. Había citado a Deborah Daly para almorzar, de modo que se adentró en la ciudad pisando de firme el acelerador y sorteando el endiablado ir y venir de las pequeñas motocicletas y los pequeños automóviles que a aquella hora invadían las calles romanas. Abandonó el «Fiat» en el parque de estacionamiento del hotel y, mientras caminaba hacia éste, tuvo la viva sensación de que alguien le observaba. Se detuvo. Miró alrededor. No descubrió a nadie en particular, pero su sensación persistía cuando entró en el edificio del Villa Imperiale.

Los ascensores del hotel estaban al fondo del vestíbulo, entre los dos ramales en que se dividía la escalera. Todos funcionaban cuando Oliver llegó hasta ellos, y las señales indicaban que ninguno descendía. Como tenía prisa y su habitación se hallaba en el primer piso, optó por subir a pie.

Arriba vio a un hombre de espaldas a él, aparentemente cerrando una puerta. Instintivamente notó algo raro en su actitud, aunque no hubiera sabido decir qué. Echó a andar por el pasillo. El hombre anduvo también en dirección contraria, y Oliver hubiera jurado que volvía deliberadamente el rostro cuando cruzó por su lado. Unos pasos más allá giró en redondo. El hombre se había detenido en el arranque de la escalera para mirarle. Sorprendido en ello, estuvo a punto de dar un traspiés en su apresuramiento por alejarse nuevamente.

Frunciendo el entrecejo, el americano fue a la puerta donde

había visto al desconocido por primera vez. Llamó con los nudillos. Cuando oyó girar el pestillo se sacó del bolsillo la estilográfica.

Abrió la puerta un hombre alto, desgarrado, joven, de sonrisa tonta. Le preguntó qué deseaba, y lo hizo en puro inglés, en inglés de Inglaterra; pero no era necesario que hablase para revelar su nacionalidad, pues su traje y sus zapatos mostraban un inconfundible sello londinense.

—Acabo de encontrar esta pluma ahí delante —dijo Oliver—. Acaso sea del hombre que salía de su habitación. ¿Querrá usted devolvérsela?

La tonta sonrisa del inglés se acentuó.

—¿Un hombre... salía de mi habitación? ¿Ahora mismo?

—Ahora mismo. Vestía un traje de color castaño.

—Temo que se equivoque. Tal vez fuera de una de las habitaciones contiguas. Yo estaba solo, por supuesto.

Oliver se encogió de hombros.

—Bien, entregaré la pluma al conserje. Siento haberle molestado.

El hombre que aparatosamente cerraba aquella puerta cuando él asomó por la escalera, pensó Oliver, no había salido de allí. ¿Por qué representó semejante farsa? ¿Deseaba dar la impresión de que era un huésped del hotel, sin serlo? ¿Hizo aquello en obsequio suyo, porque le había reconocido antes de que le viera, o lo hubiese hecho también ante cualquier otra persona?

Era demasiado tarde para improvisar la respuesta a estas preguntas, pues Deborah estaría ya esperando en el jardín. El americano se precipitó a su habitación, se peinó ante el espejo, cosa que no solía hacer, tomó de su maleta un par de cargadores para la «Magnum», que era a lo que había ido, y bajó al encuentro de la muchacha.

La encontró terminando de beber un «bitter» en una mesilla, a la sombra de un árbol.

—El hombre que llega tarde a una cita con una mujer —dijo ella— está, o muy ocupado, o muy ocioso.

—El primer caso es el mío —replicó Oliver. No trató de excusarse—. ¿Le parece que nos larguemos de aquí? Conozco el mejor restaurante de Roma. Sólo para iniciados. ¿Qué opina?

Deborah asintió y se puso en pie.

—En este momento, incluso el peor me conviene. Mi estómago lanza alaridos. Vamos.

El americano la condujo del brazo hacia la calle. La joven añadió todavía:

—¿Su trabajo progresa?

Él dijo:

—Demasiado.

Y entonces empezaron a ocurrir cosas.

Caminaban por el borde de la calzada hacia el parque de estacionamiento cuando un semáforo situado más allá cambió de rojo a verde. Un ejército de coches emprendió roncando la marcha, pero hubo uno que la emprendió con especial violencia, Nunca supo Oliver por qué había mirado en aquella dirección, ni por qué se fijó en aquel automóvil. ¡Lo hizo, sin embargo, y con el tiempo justo de ver que se les echaba peligrosamente encima!

Pegó a Deborah un empujón que la derribó en tierra, y se arrojó como loco sobre ella, cubriéndola con su cuerpo. Ignoró el grito de sorpresa y dolor de la joven. Al instante, con un ruido seco, continuo y feroz, una metralleta comenzó a tabletear desde el interior del coche. Oliver giró de costado, desenfundó su propia «Magnum» y respondió al fuego. Tuvo la casi plena seguridad de haber acertado al que disparaba. Comoquiera que fuese, el arma dejó de escupir plomo y el coche pasó de largo. No estaba aún a cincuenta metros cuando el americano se levantó de un salto y asió a Deborah por la cintura para ponerla en pie.

—Lamento plantarla, querida —dijo—. Me voy a dar una vuelta.

Salíó corriendo en dirección a su «Fiat». Tiró del demarré e hizo entrar la primera con riesgo de destrozar el embrague. La muchacha, que le había seguido, se sentó en aquel momento a su lado. Se veía a las personas que habían presenciado el suceso gesticulando y sin saber qué hacer, pero Deborah, pese al desorden de su cabello y de sus ropas, parecía más serena que el propio Oliver. Éste ya no podía malgastar tiempo en convencerla de que se apease. Lanzó el coche adelante a todo gas. Sabía por experiencia que las mujeres se muestran increíblemente obstinadas ante cualquier posibilidad de tomar parte en una fiesta divertida.

La joven preguntó:

—¿Qué pasará si consigue alcanzarlos?

—Les pediré lumbre —replicó Oliver venenosamente—. He perdido el encendedor al tirarme al suelo.

Ella se echó a reír.

—¿Por qué no me lo pide a mí?

—¡Cállese! Meta la mano en el bolsillo de mi chaqueta y saque un cargador. Ahí, en el bolsillo de su lado.

Deborah obedeció. Hizo saltar el cargador en la palma de su mano.

—Va bien provisto, ¿eh?

—Coja la automática de la sobaquera. Yo le explicaré cómo ha de colocarlo. Vamos, ¡dese prisa!

Elegió para tantearle el sobaco el momento en que él tomaba una cerrada curva, y Oliver se vio negro para no estrellarse contra la pared. Pensó que, de haber sido un hombre listo, hubiera frenado y la hubiese expedido de su lado. Pero no frenó.

—No es necesario que me explique nada —dijo ella.

Cambió el cargador con tanta ligereza como si se hubiera dedicado desde niña a cambiarlos. Oliver no lo comentó. Tomó la pistola y la depositó entre sus piernas. El coche fugitivo se hallaba a más de cien metros y la densidad del tránsito era infernal. No podía comenzar aún los fuegos artificiales.

Pocos minutos después salían de aquella zona congestionada. Se encontraron en la carretera sin haberse dado apenas cuenta de que dejaban la ciudad atrás. Oliver apretó los dientes con satisfacción. La pista estaba llena de curvas, cosa que le favorecía, pues el coche que tenía delante era un «Alfa Romeo» mucho más potente que su «Fiat». Se congratulaba de ello cuando desde el «Alfa Romeo» rompieron las hostilidades enviándole una ráfaga de metralleta. El macizo que formaba la parte interior de un peralte le salvó milagrosamente de las balas. Aceleró. Al salir de la curva, el auto fugitivo se hallaba más próximo.

Por propia iniciativa, Deborah cogió nuevamente la pistola y la montó; con esfuerzo, porque el muelle no era suave.

—Tome —dijo—. Tire de una vez, o no terminaremos nunca.

Oliver tiró, aprovechando un instante oportuno. A pesar de las curvas y de la tremenda velocidad a que iba lanzado, observó que los proyectiles perforaban el cristal trasero del «Alfa Romeo», y quizá que perforaban carne también, pues la metralleta no contestó.

A los pocos segundos lo hizo una automática. Disparaba a las ruedas. El «Fiat» rozó el bordillo de manera espeluznante.

—¡Vamos a estrellarnos, Ken! —exclamó la muchacha, no con temor, sino con una especie de regocijo—. ¡Déjeme a mí! ¡Usted conduzca!

—¿A usted?

—¡Déjeme! ¿Adónde quiere que apunte?

Oliver se dejó arrebatar la pesada «Magnum».

—Apunte a las nubes. Quizá así les perfore el motor.

Deborah, serenamente, se asomó a la ventanilla y se aprestó a disparar. Transcurrió casi un minuto sin que surgiera la ocasión propicia. Luego, la carretera se elevó. La cuesta terminaba en una curva sin visibilidad. A continuación, con gran sorpresa de Oliver, que no tenía la menor idea de en qué dirección habían salido de Roma, el mar apareció delante. La carretera bordeaba un acantilado a cuyo pie echaban espumarajos las olas. Había casi enseguida otra curva, que el «Alfa Romeo» comenzaba entonces a tomar reduciendo la marcha.

La ocasión había surgido. Deborah disparó. Dos veces.

Algún estropicio grave debieron de causar las balas, pues el coche no se ciñó a la curva. Siguió en línea recta y golpeó contra la protección de cemento, que se deshizo como un terrón de azúcar bajo un martillo. Deborah lanzó un grito ahogado. El vehículo saltó al vacío y barreno hacia las aguas, que lo esperaban varias docenas de metros más abajo.

Oliver entró en la curva con dificultad, frenó desesperadamente, se apeó del «Fiat» y retrocedió a todo correr. Ya no vio nada, sino un enorme y siniestro rosetón de burbujas en la superficie del mar y, en el fondo una forma oscura que, en el refluo de las olas, señalaba el lugar donde yacían el «Alfa Romeo» y sus tripulantes. Era una pena, pensó, que el agua dañara un coche tan hermoso.

Se encogió resignadamente de hombros, mientras, de un modo maquinal, su mente registraba el hecho de que unas sirenas estaban sonando muy próximas. Permaneció inmóvil hasta que dos motocicletas se detuvieron a su espalda. Un policía corrió junto a él, miró abajo y se puso a preguntar cosas atropelladamente. Oliver no le prestó atención. El otro policía se dirigía al coche. Deborah no había abandonado el interior de éste.

El primer agente exclamó:

—¿Me está usted escuchando?

Oliver se volvió a él.

—¿Qué quiere?

—No sé lo que ha pasado aquí, pero tengo la impresión de que usted va a venirse con nosotros.

El americano intentó exhibir su credencial. Bastó que llevara la mano al interior de su chaqueta para que el policía le apoyase la pistola en el estómago.

—Cuidado.

—No pierda los nervios. —Oliver sonrió desdeñosamente—. Iba a enseñarle unos papeles, nada más.

El agente, insensible al sarcasmo, le palpó el pecho y observó que la pistolera estaba vacía.

—Adelante —asintió.

Estudió la credencial con el entrecejo fruncido, leyendo uno por uno los sellos. Hizo una mueca dubitativa. El documento expresaba claramente que Oliver tenía derecho a recabar cualquier clase de colaboración y ayuda de las autoridades italianas.

—Den ustedes aviso —dijo el americano— de que ahí abajo hay un coche con algunos hombres dentro. Conviene que uno se quede de vigilancia. Si mis credenciales no le parecen suficientes, puede usted acompañarme al ministerio de Defensa.

El guardia, perplejo, movió negativamente la cabeza.

—Yo avisaré. Permítame que tome unas notas —copió en su cuaderno los datos principales de la credencial y la matrícula del Fiat. Luego, mirando al mar, añadió con cierta congoja—: ¿Dice que ahí abajo hay hombres? ¿Cuántos? ¿Quiénes eran?

—No lo sé. El coche, un «Alfa Romeo» negro, se ha despeñado delante de mí.

—Pero se han hecho disparos.

—Sí. —Oliver miró al policía a la cara—. No necesito advertirle que este asunto debe rodearse de la máxima reserva. Están en juego altos intereses internacionales de los que acaso dependa la paz mundial. El ministerio de Defensa agradecerá su discreción.

—No me suelte discursos —replicó con aspereza el agente—. Conozco mi deber.

—¿Puedo marcharme?

—Márchese.

El segundo guardia tenía entre sus manos la pistola del americano cuando éste se dirigió al coche en compañía del primero. Los dos policías cambiaron unas palabras mientras Oliver se sentaba al volante y ponía en marcha el motor. Luego, a través de la ventanilla, la pistola le fue devuelta. El segundo guardia parecía estupefacto.

Al arrancar, Oliver miró de reojo a la muchacha. Estaba inmóvil como una estatua, blanca e inexpresiva como mía estatua. Momentos después, cuando él hubo maniobrado para dar vuelta al «Fiat» y rodaban ya de regreso a la ciudad, abrió su bolso, sacó un paquete de cigarrillos y quiso encender uno. Le temblaban las manos. Súbitamente empezó a sollozar.

El americano aplicó los frenos y se encaró con ella. Tuvo que oprimirle los hombros y zarandearla fuertemente, pero la crisis nerviosa se le pasó con facilidad.

—Perdone.

Deborah se oprimió con los dedos las sienes.

—Es usted quien debe perdonarme a mí. He perdido... el dominio... Ha sido horrible. Aquellos hombres... en el coche...

—No importa. Ya está hecho.

—¡Pero no debí disparar en la curva! ¡Pude suponer que caerían abajo!

—¡Basta, Deborah!

Ella se aferró a la manga de su chaqueta.

—No olvidaré esto nunca, Ken.

Él le cogió las manos. Quiso responder con unas palabras de aliento, y de pronto, al mirarla a los ojos, las palabras murieron en su boca. Leyó en aquellos ojos muchas cosas. Tuvo repentina conciencia de lo hermosa que era ella, de cómo temblaba, de cuán necesitada estaba de su apoyo. Y no sólo de su apoyo. Pensó fugazmente que todo aquello podía ser falso, que le era imprescindible ir todavía más allá antes de confiar en aquella mujer a la cual había dedicado Raymond Link sus últimas sonrisas; pero, cuando lo pensó, ya estaba besándola.

Deborah le rodeó el cuello con los brazos. Transcurrido un instante volvió un poco la cara y apoyó su fina mejilla contra la de él. Oliver la oyó susurrar nuevamente:

—No olvidaré esto nunca, Ken.

Ahora ya no se refería a los hombres muertos en el «Alfa Romeo».

El americano la soltó y apoyó las manos en el volante. El corazón le latía salvajemente. Pero no quería, no podía entregarse. Hizo un esfuerzo por recobrar la serenidad.

—Piense lo que dice.

—No necesito pensarlo. Nunca había sentido lo que hoy, Ken, se lo juro. Algo ocurre. Creía conocerme, y me asombro de mí misma.

—Es una chiquilla.

—He vivido tanto como usted. Probablemente más, aunque la mía haya sido una vida distinta. Dejé de ser una chiquilla hace años.

Oliver puso otra vez el coche en marcha. Una sombra de preocupación se extendía por su rostro.

—En ese caso —repuso— el chiquillo soy yo. Lamento lo que ha pasado.

Ella consiguió por fin encender un cigarrillo. Sus manos ya no temblaban, y había recobrado el color.

—Lamentarlo no es muy galante.

—No pretendo ser galante.

El tránsito, en las calles de Roma, había disminuido.

—¿Adónde vamos? —preguntó Deborah.

—Al hotel. Pero la dejaré en otro lugar, si lo prefiere.

—¡Dejarme! ¿Y nuestro almuerzo?

—Aplazado.

—¡Ken!

—Es imposible, Deborah. Todo ha sido trastornado. Tengo cosas muy urgentes que hacer.

Ella guardó un minuto de silencio.

—No vuelva a llamarme Deborah. Es ridículo.

—Mis excusas, señorita Daly.

—¡Idiota! Lo que quiero es que me llame Debbie. No roe han llamado Deborah más que para darme malas noticias.

Oliver trató de sonreír.

—Lo tendré en cuenta.

Paró el coche a cierta distancia del hotel para evitar que, si la gente se había fijado en él con ocasión del atentado, ello le

ocasionara nuevas molestias. Debbie se apeó. Por la ventanilla le dijo:

—Tiene usted razón, Ken: todo ha sido trastornado.

Más de lo que usted mismo supone. Por lo menos en lo que se refiere a mi vida.

El rostro del americano era como de piedra.

—Mañana, cuando esté serena, verá las cosas de manera diferente. Adiós, Debbie. Conste que la invitación queda aplazada, no anulada.

—¡Me importa un comino la invitación! Anoche era usted conmigo otro hombre. ¿Por qué, de repente, ha cambiado? ¿Tiene algún motivo?

—Quizá.

—¿Puedo saberlo?

—No.

Ella le miró a los ojos.

—Lo sé ya, Ken. No necesito que me lo diga —se apartó un paso del coche—. Llámeme o deje un recado al conserje cuando precise de mí. Espero que sea pronto.

Oliver saludó con un movimiento de cabeza y reemprendió su camino.

Las oficinas del ministerio, incluida la de Zecca, estaban vacías, porque el personal había salido a almorzar. A costa de asediar a un ordenanza, el americano consiguió averiguar el posible paradero. No del coronel, pero sí de su inevitable secretario. Le encontró en un restaurante barato, no lejos de allí, bebiendo cerveza, comiendo espaguetis y leyendo el periódico.

Apenas le hubo puesto, en antecedentes del suceso de que había sido protagonista, el joven dejó los espaguetis y el periódico a un lado, apuró la cerveza y se levantó.

—Debo regresar inmediatamente —dijo—. Eso es grave. Me pondré en contacto con la policía e informaré al coronel en cuanto llegue. Tengo, por cierto, algunas cosas para usted. ¿Quiere acompañarme?

Oliver señaló los espaguetis.

—Lamento haberle interrumpido.

—No, importa.

Volviéron juntos al ministerio. Las «cosas» a que el secretario se

había referido eran unos cuantos pliegos mecanografiados con noticias referentes a Hold, a Varese y a Brand. Oliver se los metió en el bolsillo.

—Comuníqueme al coronel que esta noche le invito a cenar en el Club Sorrento —dijo después—. Le espero a las ocho y media. Tendremos un cambio de impresiones. Si hubiera antes algo urgente me encontrarán ustedes en el hotel. Es el Villa Imperiale.

—Lo sé —asintió el joven.

El americano le miró cara a cara.

—Parece usted un hombre eficiente —comentó.

—Procuro cumplir con mis obligaciones.

—¿Puedo pedirle un consejo de índole personal?

—Temo que usted sobrevalore mis aptitudes, señor Oliver.

—Nada de eso. Se trata del coronel Zecca. Nuestras relaciones han comenzado con mal pie, y en bien de los dos sería conveniente que mejorasen pronto. ¿Qué me recomienda para lograrlo?

El secretario reflexionó, sonriendo vagamente.

—Hay dos caminos. Uno, el directo, el más eficaz, es exponerle con franqueza la verdadera naturaleza del asunto en que está usted trabajando. Puedo asegurarle que, en términos de auténtica colaboración, su ayuda sería inestimable. Nadie, en toda Italia, dispone hoy de los recursos que el coronel tiene en la mano. He dicho «nadie», señor Oliver.

—¿Cuál es el otro camino?

El joven se encogió de hombros.

—Invitarle a champaña. El coronel adora el champaña. Pida esta noche, con la cena, un *brut* francés de la mejor marca que encuentre en el Sorrento. Oh, y procure no encargar un menú del gusto americano. No le garantizo el resultado, pero nada pierde usted con probar.

—Gracias —dijo Oliver.

Hablar de cenas le había despertado súbitamente el apetito. Se fue a comer un par de *tosti* remojados con *whisky* escocés.

CAPÍTULO VII

Por la tarde llegó un largo informe relativo a Dana Hold, que el general Sturm remitía desde París. Oliver se enteró de infinidad de cosas que no le interesaban; saldos bancarios, referencias comerciales, contratos, servicios prestados por Hold al departamento de Estado durante la guerra, operaciones inocentes de importación y exportación, más operaciones inocentes, edad, estatura y otros datos personales, carácter, vida privada. La rapidez con que se había reunido todo aquello revelaba la mano del FBI, cuya ayuda había sin duda Sturm solicitado. Pero la única consecuencia que se extraía era que Dana Hold se hallaba por encima de cualquier sospecha. Hombre de negocios de gran envergadura, muy bien relacionado en los medios oficiales y, al parecer, figura destacada del Partido Republicano en Nueva York, resultaba absurdo imaginarle metido en una sucia maniobra de tráfico de armas con los rebeldes norteafricanos. No había el más leve indicio de que Hold comerciase con armas. Sus exportaciones, dirigidas principalmente a Italia, Austria, Francia y Alemania Occidental, comprendían productos químicos para la manufactura de plásticos, fertilizantes, maquinaria agrícola e industrial y otros artículos semejantes. Oliver sabía que, en ocasiones, la facturación de las piezas de una prensa o de un torno podía encubrir miles de dólares en rifles o ametralladoras, pero nada indicaba que en aquel caso fuera así. Debbie Daly había dicho que el marido de su madre le irritaba los nervios. Sin embargo, a una muchacha como ella era posible que le irritase los nervios simplemente la respetabilidad.

En cuanto a los informes procedentes de la oficina de Zecca, que el americano leyó y relejó tendido en su cama, fumando y bebiendo sorbos de *whisky*, no había en ellos ni una línea aprovechable. El

único dato de relativo interés era que Giacomo Varese había desarrollado una intensa actividad como miembro de la resistencia antifascista durante los meses de guerra que precedieron a la caída de Mussolini. La resistencia había puesto en la boca de muchos hombres el sabor de la violencia, el riesgo y la aventura; esto era cuanto Oliver podía decir.

A las ocho abandonó el hotel y se dirigió al Club Sorrento. Hacía una noche fresca, muy agradable. Mientras caminaba desde el parque de estacionamiento hasta la entrada del local, permitió con deleite que la brisa le acariciara el rostro. Era una brisa realmente excepcional en el asfixiante verano de Roma.

Pensó en las cosas que le habían ocurrido desde su llegada a la ciudad: pocas, pero suficientes. Estaba seguro de hallarse en el buen camino. Se había hecho evidente, sobre todo, que Giacomo Varese tenía alguna relación con el caso y que por lo menos otra persona, con la cual se comunicó desde la cafetería, participaba de aquella relación. Que unos minutos después de la llamada telefónica de Varese se hubiese atentado tan espectacularmente contra su vida quería decir que rondaba de muy cerca la verdad; que sus enemigos conocían su identidad y sus propósitos; que sabían incluso en qué hotel se alojaba. Y, por tanto, que el hombre a quien sorprendió en el pasillo del «Villa Imperiale» estaba allí para espiarle a él. Era una lástima que los certeros disparos de Debbie le hubieran impedido averiguar de los ocupantes del «Alfa Romeo» quiénes eran y quién los había enviado.

Debbie Daly, a despecho de su aparente espontaneidad, constituía otro enigma. El recuerdo de sus labios le producía a Oliver un íntimo deleite; pero junto a aquel recuerdo estaba el inquietante de la habilidad con que había cargado y montado la Magnum, de su magnífica puntería, de su decisión. Había que creer en que apretó el gatillo en un mal momento. Había que creerlo, y sin embargo resultaba difícil ahuyentar la idea de que, si Debbie era parte interesada en el negocio de las armas, debió de tener gran empeño en terminar con los asesinos fracasados antes de que alguien pudiese tirarles de la lengua. Ningún criminal del mundo olvida, cuando llega el caso, que los muertos no hablan. Por lo demás, que ella expusiera su vida junto a él en el momento del atentado, podía ser un efecto de calculada audacia que la haría

aparecer inocente a los ojos de cualquier hombre mediatamente incauto.

Era muy hermosa, ¡y cómo besaba!, pero ¿en qué momento y en qué lugar aprendió a manejar de aquel modo una pistola?

Oliver entró en el Club Sorrento con las manos en los bolsillos y un cigarrillo en la comisura de la boca. Ciertamente, el club era el local de moda; se notaba enseguida: había la clase de gente que en Roma suele acudir a los locales de moda, más un contingente importante de turistas, en su mayoría anglosajones. Mitad al aire libre y mitad cubierta, pero estupendamente refrigerada, la gran sala lucía una decoración muy original, ultramoderna y sólo hasta cierto punto adecuada al lugar geográfico que evocaba su nombre.

Por intermedio del conserje del hotel, Oliver había reservado una mesa, a la que se hizo conducir. Era la media menos cinco minutos. Zecca no había llegado aún, pero llegaría, pues de lo contrario habría tenido la mínima cortesía de prevenirle. El americano encargó una botella de champaña, según las indicaciones del secretario del coronel, y se dispuso a esperar.

Zecca llegó a la media y siete. Parecía de relativamente buen talante. Vestía un impecable traje oscuro. Estaba formidable con su monóculo, que en él no semejava un adminículo anticuado.

—Buenas noches —dijo—. Supongo que no se ofenderá si le confieso que su atención me ha dejado boquiabierto. Hasta verle aquí no me he convencido de que no se trataba de una broma.

—Agradezco el concepto en que me tiene —replicó Oliver—. Siéntese. Me hubiera gustado que viniese usted con la morena de esta mañana, pero no sabía cómo plantearle a su secretario la cuestión. Lo dejaremos para otra vez.

Zecca se sentó, no sin lanzar una fugaz mirada a la botella de champaña que se refrescaba en el recipiente de hielo.

—Quizá lo que ocurre entre nosotros es que yo no comprendo el sentido americano del humor.

—¿Eso es una declaración de armisticio?

—No me gusta comer y discutir.

La situación había mejorado, pensó Oliver. Notó que mejoraba más aún cuando encargó la cena. Tuvo cuidado de sugerir y encomiar los platos que habían de agradarle a un romano selecto —conocía a muchos romanos selectos—, y el coronel acusó el golpe.

La apertura de la botella de *brut* fue el detalle final.

Cuando, ya puestos en la tarea de ingerir el primer plato elegido, preguntó el americano qué noticias había de su asesinato frustrado, Zecca sacó del bolsillo cuatro fotos y se las tendió.

—Son los hombres del «Alfa Romeo».

—¿Conocidos?

—Fichados todos. Uno procedía de la mafia, otro había sido procesado primero por chantaje y luego por atraco a mano armada, de cuya condena se libró por falta de pruebas; los dos restantes eran los hermanos Destro, que pasaron al hampa desde las filas de los partidarios cuando la guerra terminó.

«Desde las filas de los partidarios», repitió Oliver para sí. No se había equivocado, pues, al tomar en consideración el hecho de que Giacomo Varese se hubiese distinguido en la resistencia. Entre ello y la identidad de los hermanos Destro tenía que haber alguna relación.

—Debbie Daly merece una medalla por esa purga social.

Zecca, que conocía sin duda los detalles del suceso por el relato que él efectuó ante su secretario, movió la cabeza negativamente.

—No me parece muy propio mezclar a una señorita en semejantes aventuras. A no ser... que se la mezcle adrede.

—¿Adrede?

—Usted le ha dicho a Malpere, mi secretario, que fue ella quien disparó. La señorita Daly puede ser su colaboradora. Pudo haberlo sido ya del señor Link. Sé que se les veía juntos con cierta frecuencia.

—No se deje arrastrar por la fantasía, coronel.

—La vida, sin fantasía, vale poco, o así lo creemos los italianos.

El camarero llenó de nuevo las copas de champaña.

—Atengámonos a la realidad —dijo Oliver—. ¿Para quién trabajaban los pistoleros del coche?

—Usted tiene en su lista negra a un hombre llamado Giacomo Varese.

El americano dejó súbitamente de mascar la porción de lenguado que se había llevado a la boca.

—Sí.

—El «Alfa Romeo» era suyo.

Oliver cogió las cuatro fotos. Hasta aquel momento no les había

prestado atención, seguro de que no conocía a ninguna de los cuatro personajes. Una mirada le bastó, sin embargo, para identificar a uno de ellos.

Lo señaló a Zecca.

—¿Quién es?

—Mario Foligna. El hombre de la maffia.

—Yo he visitado esta mañana a Varese. Me presentó a Foligna como secretario suyo.

—Lo sé.

—Usted sabe muchas cosas.

—Procuro enterarme de ellas, nada más, y no siempre es fácil. Si le hubiera usted hecho a Malpere alguna indicación respecto a Varese, todo sería ahora muy distinto. La policía hubiese acudido inmediatamente a casa de Varese, y no, como ha ocurrido, después de sacar el coche del agua y averiguar quién era su propietario. Hemos perdido el tiempo de modo lamentable.

—¿Quiere decir que Varese ha escapado?

—Ha desaparecido.

—¡Es preciso encontrarle!

—La policía hace lo que puede, señor Oliver —el coronel parecía molesto—. Están vigiladas todas las salidas de la ciudad. Tratamos con la mayor buena fe de remediar el daño que usted ha causado.

—Yo no tenía hasta ahora nada en concreto contra ese hombre. Mi visita no me dio base para ninguna acusación.

—Quizá no.

—Por otra parte, Varese no saldrá de Roma.

Zecca consagró un instante su interés al champaña.

—¿Por qué dice eso?

—Estaba asustado cuando le visitó. Era el subordinado de alguien en un negocio peligroso, y no le gustaba el modo como se llevaba el asunto. De un momento a otro podía rajarse. No saldrá de Roma... vivo. Incluso es posible que haya muerto ya.

—Una hipótesis aventurada.

—No se trata de una hipótesis. Extraordinarias precauciones, entre ellas el uso de una especie de automóvil fantasma, se usaron para matar a Raymond Link. En cambio, para intentar matarme mí se ha hecho todo burdamente. Eliminar me no corría tanta prisa como para que los asesinos emplearan el propio coche de Varese,

que a la menor dificultad hubiera constituido una prueba gravísima contra éste. Lo que sucede es que la aparición de semejante prueba ya no tenía importancia, porque Varese estaba condenado al sacrificio. Alguien había decidido terminar con él para asegurarse de que tendría la lengua quieta.

Los ojos del coronel centellearon.

—Es usted un hombre dotado de cerebro, señor Oliver. Me asombra.

—Lamento no poder decir lo mismo de usted. —Oliver, que había terminado de comer y miraba distraídamente en torno, frunció un instante el entrecejo cuando pasó la vista por el bar—. Necesito primero una demostración práctica.

—¿Encontrar a Giacomo Varese, por ejemplo?

En el bar estaba Erno, el botones del «Villa Imperiale». Le acompañaba una muchacha, la clase de muchacha que puede ir a todas partes segura de no quedar en la sombra.

—Encontrar a Giacomo Varese vivo —puntualizó Oliver. Se levantó bruscamente—. Discúlpeme un momento. Voy al lavabo, es un minuto.

Anduvo entre las mesas y la gente hasta donde se hallaba Erno. El muchacho le descubrió a cierta distancia y comenzó a esbozar una sonrisa. Con un ligero signo negativo, Oliver le dio a entender que no quería ser reconocido. Erno lo comprendió al instante, permaneció impassible mientras el americano, llegado a su lado, preguntaba al barman la situación de los lavabos, en voz lo bastante alta para que el botones lo oyera.

Se restregaba las manos con la toalla cuando Erno apareció en su seguimiento. El muchacho llevaba tan lejos su prudencia que aguardó pacientemente a que saliera un sujeto que en el lavabo contiguo se refrescaba el rostro, probablemente para aliviarse la borrachera, que se lo había puesto de color púrpura. Entonces dijo:

—Hay que traerlas a lugares así si uno quiere ganar puntos. La pobre no conocía más que las salas de baile de su barrio.

Se refería su acompañante.

—No merece una sala de barrio —concedió Oliver—. Pero me gustaría saber si ganas puntos en beneficio mío o en el tuyo particular.

—Usted sabe que le soy fiel hasta la muerte.

—¿Algo nuevo?

—Algo. No se preocupe, su dinero se emplea bien.

—¿Urgente?

—No.

—Sube mañana temprano a mi habitación.

—De acuerdo, jefe.

—Espera. Este sitio es caro. —Oliver extrajo de su bolsillo un rollo de billetes y seleccionó tres mil liras—. Ahí va un refuerzo.

Erno chasqueó la lengua y se retiró. El americano casi sintió envidia de él. Cuando tenía su edad había soñado muchas veces en negocios parecidos; negocios en los que alguien le suelta los cuartos a uno con la única condición de que se los gaste junto a una pepilla bien carrozada. La única diferencia era que nunca soñó ser él quien soltara los cuartos.

CAPÍTULO VIII

Oliver buscó con la vista al jefe de camareros y, al descubrirle, fue hacia él.

—Yo tenía entendido que actuaba aquí Buddy Brand —dijo.

El jefe consultó su reloj. Respondió amablemente:

—Dentro de quince minutos, comienza su orquesta, señor. Luego podrá escucharle hasta la, madrugada.

—¿Ha llegado ya?

—Creo que sí.

—Necesito hablarle urgentemente sobre un asunto de importancia excepcional. —Oliver extrajo de su cartera una tarjeta de visita y la unió a un billete—. Dígaselo así, hágame el favor. Estoy en esa mesa, ahí delante, con el caballero del monóculo.

El jefe de camareros lanzó con disimulo una mirada al billete, antes de guardárselo, y se puso a sonreír.

—Descuide, señor.

El americano regresó a la mesa. Zecca había liquidado el champaña y parecía bastante animado.

—He reflexionado —anunció—. Si me ha dicho usted la verdad, cosa que dudo, la idea que tengo pueda resultar muy significativa.

Oliver se sentó. Encendió un cigarrillo.

—Veamos.

—Hay un hecho que confirma su teoría de que la persona a quien usted, por el motivo que sea, persigue, ha decidido liquidar a sus colaboradores; no a Varese solamente, sino a todos. Tal hecho constituye un claro indicio de culpabilidad.

El americano adivinó lo que Zecca iba a decir. No le gustó.

—Cuidado con la fantasía, coronel.

—Sé dosificarla —replicó Zecca con aplomo—. Pero no me

negará que el indicio apunta directamente contra la señorita Daly. Fue ella quien borró del mundo a los hombres del «Alfa Romeo».

—Con mi pistola.

—¿Le ordenó usted que disparase?

—No —admitió Oliver—. Se ofreció ella. Yo no podía conducir y disparar a un tiempo. La carretera tenía demasiadas curvas.

—Perfectamente. Devorah Daly no había previsto que el atentado frente al «Villa Imperiale» fracasara, pero, una vez fracasado, comprendió qué gran riesgo corría y lo eludió de la mejor manera posible: eliminando a sus cómplices.

—No diga tonterías. Deborah Daly es una señorita respetable, no una criminal de ese calibre.

Zecca sonrió escépticamente.

—Usted afirma que no es su colaboradora.

—Por supuesto que no.

—Y que tampoco lo fue del señor Link.

—Tampoco.

—Entonces, ¿por qué se la vio con tanta frecuencia junto a él, que ha muerto, y se la ve ahora junto a usted, que ha estado a punto de morir?

—Celebro que haya cambiado de opinión.

—¿Sobre qué?

—Sobre la muerte de Link. Esta mañana sostenía que se trató de un accidente.

—Repito que he reflexionado.

Oliver se disponía a preguntarle si sus reflexiones le inducirían a prestarle una ayuda más eficaz cuando advirtió que alguien se aproximaba a la mesa. Era un negro de mediana estatura, asombrosamente flaco, de unos cincuenta años de edad, con el cabello gris. Vestía un «*smoking*» de color borgoña. Su mirada era apenas más efusiva que la de una víbora que hubiese mordido un trozo de hierro por equivocación. Oliver se fijó en sus ojos. Había varios motivos para fijarse en ellos.

El negro adoptó una sonrisa artificial. Dijo en inglés:

—Creo que me aguardan.

Zecca no le aguardaba, pero no demostró sorpresa.

—Éste es Buddy Brand —dijo Oliver—. ¿Habla usted italiano, Buddy?

—Ni una palabra.

—Yo entiendo el inglés —declaró el coronel—. Sigan.

Brand se sentó y preguntó:

—¿Quiénes son ustedes?

—Investigadores oficiales encargados de la encuesta sobre la muerte de nuestro compatriota Raymond Link. Naturalmente, hemos venido con la seguridad de que nos dirá acerca de él todo lo que sepa.

—Lo primero que sé es que le oigo nombrar por primera vez.

—Le conviene hacer memoria.

—¿Era un músico?

—Era alguien que se relacionó de un modo u otro con usted y que ha muerto asesinado.

El negro se echó un poco atrás y pestañeó.

—¡Nada menos que asesinado!

—¿Recuerda ahora?

—Menos aún.

Había en Brand algo repelente, que Oliver percibía como una sensación física de incomodidad.

—Conocemos los últimos pasos de Link, y es positivamente cierto que estuvo en contacto con usted. Esto no le inculpa de nada ni le causará molestias de ninguna clase, Buddy. Admito que no le recuerde porque lo que hubo entre ustedes o el tema de que hablaron no tuviese importancia, o quizá porque se vieron en una sola ocasión, pero insisto en que es mejor que haga memoria.

El negro se encogió de hombros.

—¿No desean nada más?

—¿Tiene usted aquí un buen contrato?

—Excelente.

—Procure que no le anulen su permiso de residencia en Italia y el contrato se vaya a paseo. La presencia en Roma de determinados elementos no interesa ni a los Estados Unidos, por su prestigio exterior, ni a este país por su seguridad interna.

—¡Determinados elementos! —exclamó Brand ásperamente—. Habla de mí como si hubiese vulnerado alguna ley.

—Sé lo que digo. —Oliver— se inclinó hacia adelante. —Y usted también lo sabe, Buddy.

Buddy Brand hizo crujir las articulaciones de sus nudillos

apretando una mano contra otra. Aunque lo disimuló, se había asustado.

—No tolero amenazas —echó la silla atrás y se levantó—. Allá ustedes con sus puercas historias. Me da asco oírles.

Oliver preguntó de sopetón:

—¿De qué marca es su coche?

La pregunta desconcertó al negro.

—El último «Lancia».

—Ese modelo ha salido hace unos días, ¿no?

—Una semana.

—¿Qué coche tenía antes?

—El «Chevrolet» que traje de América.

—¿Moderno?

—Del cincuenta y tres.

—¿Cómo era?

—Un sedán azul.

—¿De dos tonos de azul?

—Sí.

Oliver se dio cuenta de que Zecca le miraba fijamente.

—¿Dónde está ese «Chevrolet»?

—No lo sé.

—¿Lo ha vendido?

—Me lo robaron.

—De modo que se lo robaron. ¿Cómo fue?

—En el «Lido», una mañana, mientras estaba bañándome. Desapareció.

—¿Qué día?

—Un miércoles. El veinticinco de julio.

Raymond Link había muerto bajo las ruedas de aquel coche el veintiséis.

—¿Presentó la denuncia?

—No.

—¿Por qué no?

—El cacharro no estaba asegurado, y sé de sobra que un coche no asegurado no se recobra nunca, y asegurado raras veces. Si no es bajo la presión de las compañías de seguros y gracias a los papiros que de vez en cuando le sueltan, la policía no mueve un dedo. Era tiempo perdido, papeleo inútil. Y el día veintisiete iban a

entregarme el «Lancia».

—Todo eso me parecería relativamente lógico en otras circunstancias. Ahora no. Fue su coche el que mató a Raymond Link, Brand respiró profundamente.

—Querrá decir que fue un coche cómo el que yo le he descrito. El mío no era el único «Chevrolet» que había en Roma.

—Era el único de esas características.

—Bueno, el caso es que yo no sé nada. ¿Han terminado ya?

—Por el momento. Pero no descansaré hasta haberle exprimido como a un limón. Buddy, tolere usted o no tolere amenazas. Queda avisado.

El negro masculló una procacidad, dio media vuelta y se marchó. Era un mal bicho, pensó Oliver. Aunque nada tuviera que ver con la muerte de Link, era un mal bicho.

—El coche será encontrado antes de veinticuatro horas —declaró Zecca.

El americano, consultó su reloj.

—¿Renuncia usted a la pasividad?

—Me limito a hacerle una promesa.

—Me han hecho muchas.

—Ésta se cumplirá.

Oliver llamó al camarero y le pidió la cuenta.

—Es temprano, pero deseo retirarme —dijo al coronel—. Si ello no está conforme con sus normas de etiqueta, le presento mis excusas. Otro día lo prolongaremos hasta el amanecer.

Zecca asintió incluso cordialmente.

—Me tiene siempre a su disposición.

La cuenta le recordó a Oliver el presupuesto norteamericano de gastos militares. La pagó con resignación, aunque no sin acordarse de la bronca que recibió de su padre la noche que dilapidó diez dólares en su primera juerga.

Se separó del coronel en el parque de estacionamiento, antes de subir cada uno a su coche. Zecca estaba de bastante buen humor. Al estrecharle la mano, dijo:

—La velada ha sido excelente, señor Oliver. No le ha faltado más que un detalle para ser perfecta, y un detalle es realmente muy poco. Espero que la próxima vez ni siquiera eso faltará.

—¿Qué detalle?

—Su confianza.

—La tiene usted.

El coronel no alteró su tono ligero. Sin embargo, preguntó:

—Señor Oliver, ¿qué fue lo que le costó la vida a Raymond Link? ¿Qué le ha traído a usted de París? ¿En qué asunto está usted, y estoy yo, trabajando?

—Sabe que no puedo contestar a esa pregunta.

—Se la hago de todos modos.

El monóculo de Zecca despedía mil reflejos bajo las luces del alumbrado público. A Oliver, en aquel momento, le hubiera gustado ver sus ojos.

Súbitamente, se decidió.

—Link seguía la pista de un importante tráfico clandestino de armas norteamericanas destinadas al África del Norte. Parece que la base de operaciones está en Roma, y Link se encontraba muy cerca de ella. Por eso le mataron Ocho horas antes había muerto también Mohamed Kasser, un egipcio de quien dependía el resultado de sus investigaciones. Yo trato, simplemente, de llegar al punto a que había llegado mi antecesor, y luego seguir adelante, hasta el fin. Si sobrevivo, por supuesto.

—Gracias —dijo suavemente el coronel.

—No necesito advertirle que le confío esto apelando a su discreción y caballerosidad.

—Lo doy por descontado.

—¿Realmente no sabía usted cuál era la índole de este asunto? ¿No conocía la existencia del tráfico de armas?

Zecca emitió una risa ahogada.

—Lo sabía y la conocía. Pero no era saberlo lo que deseaba. Era, mi querido, mi noble y franco señor Oliver, que me lo dijera usted.

CAPÍTULO IX

Las nueve de la mañana llegaron desoladoramente pronto. Oliver hizo un tremendo esfuerzo para abrir los ojos cuando se sintió sacudido por una mano. Una voz le perforaba los tímpanos:

—¡Buenos días! ¡Buenos días, jefe!

Era Erno. Estaba muy contento y, en apariencia, dispuesto a la mayor familiaridad.

—¡Arriba, jefe! ¡Durmiendo no se resuelven casos!

El americano se mordió la lengua para no decirle el par de cosas que le acudieron a la mente. Consiguió saltar del lecho sin pronunciar palabra. Corrió a la ducha. Se equivocó de espita y casi se levantó la piel bajo el chorro de agua hirviendo. Lanzó un grito y le dijo al agua todo lo que hubiera deseado decirle a Erno. Esto mejoró su humor.

El desayuno no desmerecía del de la víspera. Oliver seleccionó los consabidos tacos de jamón, pero esta vez les añadió queso y pan tostado. En seguida preparó su *whisky*.

—La cosa marcha —dijo entonces el botones.

—¿Sí?

—El señor Link llamó por teléfono a un tal Varese. Aquí tiene el día y la hora aproximada de cada llamada. Fueron dos.

Depositó sobre la mesa una hoja de papel. Los días eran veintitrés y veinticinco de julio. Hora, las cinco de la tarde.

—Magnífico, Erno. ¿De qué hablaron?

—Concertaron una cita. Parece que ése Varese no acudió la primera vez, y el señor Link volvió a llamarle muy enojado y se pusieron nuevamente de acuerdo.

Oliver hizo una mueca.

—Esperaba algo más expresivo.

—Lo siento, jefe, también yo. Y el resto es menos expresivo todavía. Al señor Link lo llamó en varias ocasiones Buddy Brand, desde el Club Sorrento. La telefonista atendió al nombre, pero no escuchó la conversación.

El americano repitió su mueca. Era una lástima. Había dado con la prueba evidente de que Brand mintió la víspera y de que sus relaciones con Link existieron, y sin embargo era una lástima. No alcanzaba a comprender qué papel jugaba el negro en el asunto. Su figura —la figura de un músico de color, vicioso, genial y trotamundos— no encajaba en el cuadro. Suponerle embarcado en un negocio de tráfico de armas equivalía a imaginarse a sí mismo, a Ken Oliver, componiendo poesías o cultivando rosas. Hubiera dado cualquier cosa por saber qué le unió a Link y el motivo de que hubiera negado conocerle; y por averiguar, sobre todo, la obscura razón de que Link cayese en la Vía Vittorio Veneto precisamente bajo su coche.

—¿Qué telefonista te ha dado esos datos?

—Los relativos a Varese, la del turno de tarde. Lo de Buddy Brand me lo ha dicho la nocturna. La otra no sabe nada.

—¿Por qué no? ¿No es curiosa? ¿O no utilizó Link el teléfono por la mañana?

—Yo creo que debe de haber otra razón, jefe —se notaba que Erno había reflexionado ya sobre aquel punto—. Esas dos chicas, la del turno de tarde y la de noche, son, por decirlo así, del tipo impresionable. A las dos les había causado un gran efecto el señor Link, con su aire de cine y su modo de mirar a lo Kirk Douglas, y por ello prestaron atención a sus llamadas. La otra es diferente. Ha visto más mundo, está de vuelta de muchas cosas. Fue la única de las tres que se dio cuenta de que yo andaba en busca de algo.

—¿Se dio cuenta?

—La invité a almorzar. Hablé con el mayor tacto, y cuando me dijo que no sabía nada no insistí; pero al final me preguntó directamente a qué venía mi interés por el señor Link.

—¿Tú qué contestaste?

—Que me había oído que él era un agente del F. B. I, que no me gustaba su muerte y que yo proyectaba emigrar a América y establecerme como detective privado. No me creyó más que a medias. Había comprendido perfectamente que mi invitación a

almorzar, caída de las nubes, tenía por objeto sonsacarla, y quiso saber de dónde procedía mi dinero. Le contó que de las carreras de galgos. Entonces me aconsejó que no me metiera en líos.

—¿Eso fue todo?

—Todo.

—¿A qué hora termina su turno?

—A la una.

—¿Tendré dificultades para dar un paseo con ella?

La mirada con que el botones examinó a Oliver fue calculadora y analítica.

—Ninguna. A usted le sobran planta y dinero. No necesita más.

El americano sonrió.

—La adulación no está incluida en mis tarifas.

—Es regalo de la, casa. ¿Algo aún, jefe?

—Tú recompensa.

Erno se guardó los billetes, saludó y se retiró rebosando entusiasmo. Era mentira que ganó jugando a los galgos: su renta era mucho más segura. El propio Oliver se hubiera conformado con ella cuando no disfrutaba de dietas por trabajo extra, gastos de viaje y representación.

Aquella mañana dedicó el americano su tiempo a tomar extensas notas de su labor, intentando relacionar entre sí a los personajes que había conocido hasta entonces, destacando los hechos de importancia y procurando establecer en qué pararían sus consecuencias. Resumió y ordenó los informes del general Sturm relativos a Dana Hold, así como los obtenidos de la oficina de Zecca. Formó con todo ello un conjunto caótico en el que, pese a sus esfuerzos, difícilmente podía adivinarse el marco de una escena tan bien definida como era el contrabando de armas, a no ser a través de la muerte de Raymond Link. Llegó a la conclusión de que, como había hecho hasta entonces, investigar esta muerte constituía su única posibilidad de éxito. Link pasó semanas, quizá meses, sobre la pista del tráfico y su trabajo, perdido, nadie lograría realizarlo de nuevo. Pero eran los traficantes quienes le habían matado y, en consecuencia, los desenmascararía a ellos desenmascarando a sus asesinos.

A las once y pico, Oliver se anudó la corbata, se enfundó la chaqueta y, harto de soledad, bajó al bar para chupar un *whisky* y

poner allí en limpio sus notas. Más tarde, a las doce y media, se dirigió a la centralilla telefónica. Tenía un buen pretexto, que era solicitar una conferencia con París.

La telefonista del turno matinal era una edición mejorada, cultivada y con más años que la pepilla que acompañaba a Erno en el Club Sorrento la noche anterior. Más que belleza, poseía una dote considerable de magnetismo femenino. Sabía mover los ojos, pestañear y sonreír. Su linda bata de uniforme cubría, pero no ocultaba. No parecía una muchacha a la que hubiera que tratar, pese a la opinión del botones, con excesivas sutilidades.

Oliver pidió la conferencia. No tuvo la fortuna de localizar a Sturm. Dictó el informe a su ayudante y se aseguró de que no había instrucciones nuevas para él. Aunque no era imprescindible, le hubiera gustado cambiar impresiones con el general, pero se vio obligado a aplazar su deseo.

Mientras hablaba, a través de la puerta abierta de la cabina, no le quitó ojo a la joven y, cómo ella le miraba de vez en cuando, concluyó por dedicarle una mueca. La telefonista sonrió con mucho estilo. Era evidente que estaba esperándole cuando Oliver, después de colgado el aparato, se le aproximó.

—Cargue la llamada a la habitación ciento nueve, —dijo él—. A nombre de Ken Oliver.

La joven semejó defraudada.

—Muy bien, señor Oliver.

—Míreme.

Ella le miró y pestañeó rápidamente.

—¿Ocurre algo?

—¿Se vería usted con ánimo de almorzar en compañía de un pájaro como yo?

Rió de una manera estudiada.

—¡Señor Oliver, usted es un huésped del hotel! ¡Vulneraría el reglamento!

—Comprendo, es un pretexto. Le falla el ánimo.

—¡Oh, no, eso no!

—¿Entonces?

—Tengo un compromiso a la hora de almorzar. No puedo aplazarlo.

—Otro pretexto. Discúlpeme. Ha sido insensato hacerse

ilusiones.

—¡Le digo la verdad!

—Sí, sí, ya veo. Gracias.

Ella volvió a reír igual que antes.

—No sea obstinado: repito que le digo la verdad. Pero el día, que yo sepa, no termina a la hora del almuerzo. ¿O acaso ustedes, los americanos, no cenan?

Oliver enarcó burlonamente las cejas.

—¿Y el reglamento?

—Se prescinde de él cuando conviene.

—Perfectamente. ¿A qué hora?

—A las ocho.

—¿Dónde?

La muchacha titubeó un segundo.

—Ciento veinte, Vía

dell'Astra,

departamento D. Está cerca de la plaza Navona.

—¿Su nombre?

—Vera Natalio.

—Okey.

Oliver alzó la mano formando un círculo con el pulgar y el índice, sonrió y abandonó la centralilla.

Almorzó unos *tosti* en un alegre bar de la plaza Esedra. Luego tomó un café escuchando un concierto al aire libre. Por fin, a primera hora de la tarde, condujo su coche hacia el ministerio de Defensa.

Zecca estaba en su oficina, y esta vez no le hizo esperar. Le recibió con auténticas efusiones amistosas. A Oliver le hubiera complacido que Malpere, el joven secretario, se hallara presente para que comprobase la eficacia de sus consejos.

Cuando el americano se hubo sentado, Zecca dijo:

—Hemos encontrado un «Chevrolet» del año cincuenta y tres.

Oliver le miró fijamente.

—¿Y bien?

—Lo tenía un comerciante de vinos. Se lo vendió hace cuatro días el mecánico de un garaje. El mecánico declara que se le compró a un desconocido. Ya no es azul, porque lo repintó, pero se trata del coche de Brand.

—¿Qué medidas han tomado?

—Detener al mecánico e informarle a usted.

—Hay que asegurarse de que ese hombre no miente. Debía saber, por lo menos, que el coche era robado, puesto que le cambió el color.

—Naturalmente que lo sabía. No sólo lo repintó, sino que falsificó su documentación para poder transferirlo.

—Eso no basta. Es preciso que confiese a quién lo adquirió. Consígalo usted a toda costa. Sacúdale si llega el caso.

El coronel sonrió.

—No estamos en los Estados Unidos, señor Oliver.

—Me importa un pepino nuestra situación geográfica —replicó el americano, con énfasis—. Sólo tengo en cuenta que Raymond Link murió asesinado y que ese fulano puede conducirnos a su asesino. Si no canta para ustedes cantará para mí. Respecto a los métodos, asumo la plena responsabilidad.

—Ya veremos —dijo dubitativamente Zecca—. Vuelva mañana por la mañana. Si no hay novedades pondré en sus manos al detenido —miró, movido de un impulso instintivo, las fuertes y morenas manos de Oliver—, aunque espero, en bien de ese infeliz, que ello no sea necesario.

CAPÍTULO X

El ciento veinte de la Vía
dell'Astra

era una vieja casa de vecindad reformada para convertirla en edificio de apartamentos. No parecía un lugar modesto, pero tampoco lujoso. Con la gracia especial que los italianos tienen para estas cosas, el arquitecto y el decorador habían combinado los elementos antiguos de la obra con numerosos detalles ultramodernos. Ya en el vestíbulo, Oliver se preguntó si tanta gracia no sería excesiva para la vivienda de una simple telefonista de hotel. Volvió a hacerse la pregunta en el corredor del primer piso, ante la puerta D. Un suave arpegio musical sonó detrás de ésta cuando apretó el pulsador del timbre.

Vera Natalio abrió la puerta.

—Bueno —dijo el americano, sorprendido.

Se hubiera creído ante otra mujer, tal era la distancia que la separaba de la muchacha ataviada con la sencilla bata de uniforme que él había conocido en la centralilla del Villa Imperiale. Usaba una prenda de nylon que le cala hasta los pies, una prenda negra, probablemente diseñada, pensó Oliver, por un experto en aventuras galantes; no cabía duda, por lo menos, de que la distribución de sus transparentes pliegues había requerido considerable estudio. La envolvía un perfume selvático, penetrante, turbador.

—Pase, señor Oliver.

Oliver pasó. Le obsesionaba la idea de que aquella recepción no era lo que debía ser, y esta idea creció cuando vio el interior del apartamento. La decoración respondía a la misma mentalidad que la prenda negra y el perfume. Erno se había quedado positivamente corto cuando dijo de la muchacha que estaba de vuelta de muchas

cosas.

Sobre una mesa baja, ante un diván, había botellas y hielo. Una media luz de tango concluía de dar carácter al ambiente.

—Está usted bien instalada.

Vera cerró la puerta sonriendo y moviéndose con suavidad.

—No puedo quejarme —se dirigió a una radiogramola y la puso en funcionamiento—. Venga, siéntese a su gusto. He supuesto que le apetecería tomar una copa. He supuesto algo más, para ser sincera. Luego le diré de qué se trata.

—¿Una sorpresa?

—Sí... hasta cierto punto.

Tenía en la mesilla *whisky* escocés del mejor. Aquella botella, en Italia, costaba aproximadamente el sueldo semanal de una telefonista.

—Me ha dejado boquiabierto —dijo Oliver. Experimentaba una rara inquietud, que no procedía de la situación en sí, pues ante situaciones semejantes se había encontrado docenas de veces, sino de una especie de incongruencia general—. Ninguna chica de las que conocí hasta ahora se viste de ese modo para salir a cenar.

La observación semejó divertir a Vera. Y sin embargo no la había divertido. Oliver la miró con atención mientras reía. Estaba nerviosa, tan incómoda como él. ¿Por qué? ¿Era tímida, en el fondo? ¿O acaso, contra las apariencias, no había invitado jamás a un hombre a tomar el aperitivo en su apartamento?

—Es que no me he vestido para salir a cenar. Eso forma parte de la sorpresa... Vamos, siéntese y beba algo.

Oliver no se sentó.

—¿Quiere decir que no saldremos?

—¿Qué pensaría de cenar aquí?

—Delicioso —la inquietud se había convertido en clara señal de alarma—. Pero lo dejaría para otra ocasión. Soy partidario de que al mutuo conocimiento de dos personas lo acompañe un poco de ruido. He preparado para esta noche un programa sensacional. No sabrá lo que es divertirse hasta que haya terminado la juerga.

—Yo suponía...

—Esta noche me corresponde invitar a mí.

Ella adelantó dos pasos y trató de sonreír insinuantemente. Su prenda se entreabrió. Fue forzado, falso, ridículo.

—Pero es que me siento fatigada, señor Oliver.

—Yo la entonaré con un cóctel de mi invención. Hala, cámbiese de ropa, no sea que pille un resfriado, y no perdamos más tiempo. No admito discusiones.

Vera comenzó a decir algo, titubeó y, finalmente, guardó silencio. Oliver ni siquiera se había sentado. Su actitud expresaba la mayor firmeza. Su decisión de salir era evidentemente irrevocable.

—Cámbiese —insistió—. Mientras tanto, yo mezclaré los ingredientes del tónico. Verá qué gran invento.

A los ojos de la muchacha asomó por un instante una llamarada de cólera.

—Creo que moriré de vieja sin haber comprendido a los hombres —dijo entre dientes—. Muy bien, señor Oliver, como usted guste.

Desapareció por una puerta y la cerró violentamente.

Oliver miró en torno. Sobre la radiogramola descubrió el teléfono y se dirigió sin titubear hacia él. Tenía una corazonada. Sus presentimientos habían tomado forma concreta.

Marcó el número de Zecca y habló en voz baja, protegiéndose la boca con la mano. No encontró al coronel, ni tampoco a su secretario, Malpere, pero, dada la hora, ya contaba con ello.

—Avisé inmediatamente de que ha llamado Oliver —dijo al hombre que le atendió—. Localice al coronel donde sea, es urgentísimo. Tome nota. Estoy en el ciento veinte de la Vía dell'Astra,

departamento D. ¿Lo tiene? Sí, departamento D. Necesito que vengan algunos hombres y vigilen disimuladamente la entrada del edificio; que no se muevan si no suenan tiros, pero que se hallen dispuestos a detener a quienquiera que salga de aquí después de que yo les haga una seña desde la ventana. Es una ventana del primer piso: me asomaré y levantaré la mano. ¿Lo ha comprendido todo?

—Perfectamente —repuso el desconocido interlocutor.

—No pierda un segundo, entonces. Nada más.

Depositó el aparato en su horquilla.

La puerta permanecía cerrada. Oliver se acomodó en el diván, encendió un cigarrillo y procedió a preparar el cóctel que le había prometido a Vera.

La telefonista reapareció a los diez minutos. Llevaba un vestido que en otra muchacha hubiera sido discreto, pero que en su figura resultaba detonante. Se había peinado y maquillado, aunque no terminado de abrocharse. Oliver entrevió un fragmento de encaje color de rosa. Se puso en pie con una copa en la mano.

Y súbitamente, apenas hubo llegado a su lado, la joven le echó los brazos al cuello y le estampó un beso debajo de la oreja.

—Tiene que disculparme —dijo en tono afectuoso—. Por supuesto, me gustará mucho salir con usted, y cenar por ahí, y reír y divertirme. Estaba un poco nerviosa.

—Esto también calma los nervios —replicó Oliver, imperturbable, ofreciéndole la copa—. Bébalo sentada. Pero abróchese primero el vestido.

—Sí, señor Oliver. ¿No nos marchamos?

—Todavía no. Yo también he mudado de pensamiento.

Ella notó algo en su tono.

—¿Qué le ocurre?

—Quizá sea que se está bien aquí. Sentémonos. Tiene usted un *whisky* excelente.

—Celebro que lo aprecie. —Vera se había puesto en guardia—. Pero, no sé, me parece que usted me toma el pelo.

—Jamás me permitiría esa libertad.

La muchacha estaba aterrorizada.

—Sea como sea, haría un barman de primer orden —intentaba dar a la conversación un aire ligero y disolver la tensión que se había creado—. Le felicito. El brebaje...

Oliver, lentamente, extrajo de un bolsillo el cilindro silenciador de su pistola, y a continuación, de la funda axilar, la pesada y siniestra «Mágnun». La copa que Vera tenía en la mano cayó al suelo y se hizo añicos.

—¿Qué... qué pretende usted?

El americano ajustó cuidadosamente el silenciador al cañón.

—Prevenirme.

—¡Prevenirse! ¡Se ha vuelto loco! ¿Prevenirse contra mí?

—En parte.

La muchacha estaba aterrorizada.

—No le entiendo.

—No juegue a caer de las nubes —replicó Oliver fríamente—.

Como telefonista de un hotel es usted poco cándida; como cebo de unos asesinos, lo es demasiado. Hace rato que he visto clara la combinación. Nosotros cenando aquí, en este remedo del paraíso de Mahoma; una llamada a la puerta, unos intrusos armados, un minuto de fuegos artificiales... ¡No se mueva! —Vera había intentado retroceder hacia el dormitorio—. Le he dicho que he mudado de pensamiento. Vamos a quedarnos y esperar. Siento curiosidad por ver qué cara traen sus visitantes.

Ella casi chilló:

—¡Ha perdido el juicio!

—¡Cállese!

—¡Lárguese inmediatamente de aquí! ¡Lárguese!

Oliver avanzó y le golpeó con el dorso de la mano la boca. La muchacha enmudeció, más que de dolor, de pánico. Estaba lívida debajo del maquillaje.

El americano, con el pie, empujó la copa rota de modo que la ocultara el diván. Preparó un nuevo cóctel.

—Beba. Necesito que recobre el color.

Ella obedeció como si no tuviera voluntad.

—Por favor, se lo suplico —susurró—. Márchese, señor Oliver. Márchese antes de que sea tarde.

—Es tarde ya, no insista. Pero, cuando venga esa gente, dígales que está sola y que se vayan. No titubearé en pegarle un tiro si me traiciona. Le advierto. —Oliver enseñó los dientes— que se lo he pegado a otras mujeres. No distingo sexos cuando lucho por mi vida.

Vera era sensible al melodrama, y se estremeció. No replicó, sin embargo. Se quedó inmóvil, rígida, sentada al borde del diván, mirando al vacío. Si estaba en condiciones de pensar debió de horrorizarse de hasta qué extremo habían fracasado, pese a sus dotes naturales, pese al escenario preparado, pese a todo, sus artes de seducción.

Así transcurrieron quizá veinte interminables minutos.

Luego, como Oliver suponía, se produjo una llamada a la puerta.

—Apuntaré a su nuca desde el umbral del dormitorio —dijo el americano, ominosamente—. Usted verá lo que hace.

Se apostó en el lugar citado, con la «Magnum» montada. Vera, como si caminara hacia el patíbulo, se dirigió a la puerta, respiró

profundamente y la abrió.

—Lo siento —dijo, con voz casi natural—. Quería avisar, pero no sabía cómo. No ha venido.

—Nada de bromas —replicó alguien desde fuera.

—Es la verdad. Pasad y comprobadlo. Estoy sola.

Entró un hombre pequeño, vestido de gris, que llevaba la mano derecha oculta en el interior de la chaqueta. Miró recelosamente en torno.

—¿Cómo es posible que no haya venido? ¿No quedamos en que le encontraríamos aquí?

—¿Acaso no pueden darle a una un plantón?

El hombre pequeño hizo una mueca.

—Yo no te lo daría, preciosa. De todos modos, esto va a traer disgustos. Vámonos —le pellizcó una mejilla a la muchacha—. Es una pena, ¿no?, que la fiesta se haya agitado. Adiós, paloma.

Desapareció.

Vera cerró la puerta y se apoyó en ella de espaldas. Parecía tan cansada como si hubiera arrastrado un peso de cien kilos.

—Estará satisfecho de su triunfo —dijo, cuando Oliver salió de su escondrijo balanceando de arriba a abajo la «Magnum».

—Usted misma me lo ha brindado en bandeja —repuso él.

Fue a la ventana, levantó la persiana graduable, se colocó en el centro del hueco y alzó la mano unos segundos. Abajo, en la calle, había un coche parado, pero no se veía a nadie. Era de suponer que Zecca y sus hombres habrían llegado a tiempo, que la farsa no habría sido inútil.

Oliver añadió:

—Sus amiguitos no volverán, porque yo también he tomado mis medidas. ¿Cuántos eran?

—Cuatro.

Sonrió.

—Cuatro es, por lo visto, el número que me corresponde. Hubiera sido prudente aumentarlo, después de lo que ocurrió con los del «Alfa Romeo».

—No sé de qué me habla.

—Lo sabrá. Puede ponerse otra vez su túnica de Mata Hari y preparar esa cena, si tiene apetito. Vamos a hablar largo y tendido y prefiero que se sienta cómoda.

Vera, de pronto, echó a correr hacia la puerta de salida. Oliver extendió una pierna, le echó hábilmente la zancadilla y la derribó de bruces. A su lado, con los brazos en jarras, aguardó a que se pusiera de nuevo en pie. Ella lo hizo sollozando, e inmediatamente quiso precipitarse a la puerta otra vez. Oliver, ahora, la asió de los cabellos y la atrajo hacia sí.

—Mi bisabuelo era un indio seminola, nena, y yo llevo la afición a las cabelleras humanas en la sangre. Te arrancaré la tuya si no tomas las cosas con calma. He dicho que hablaremos largo y tendido, y será así. Tú conoces la respuesta a una docena de preguntas interesantísimas; por ejemplo, el nombre de quien ha organizado este zafarrancho con tan mala fortuna.

La joven le miraba con los ojos muy abiertos, llenos de lágrimas.

—Déjeme.

—Suelta primero el discurso.

—Yo... no sé nada... Puedo indicarle solamente la persona que le daría esas respuestas. Pero es un hombre... que ha sido tan generoso conmigo...

—¿Quién es?

—Se apellida Varese.

Oliver dio un tirón a sus cabellos.

—Eso es lo que te han dicho que me contarás si el asunto se ponía feo. Giacomo Varese está fuera de combate. Quiero la verdad.

Ella comenzó:

—Le juro...

No terminó su juramento. De pronto ocurrió algo que el americano no tenía previsto en su programa: estalló en la calle una tempestad de disparos.

Oliver soltó a la joven, volvió la espalda a ella y a la puerta y se lanzó a la ventana. En la acera, a pocos metros del portal, dos hombres yacían muertos uno sobre otro. Un tercero agonizaba más allá. Un cuarto, agachado, retorcido, se desangraba en la acera contraria. El individuo pequeño y vestido de gris que antes entrara en el apartamento luchaba parapetado detrás del automóvil, cuyos neumáticos aparecían reventados a balazos. El estrépito del tiroteo era formidable.

Fue este estrépito lo que impidió a Oliver oír el plop sordo que sonó a espaldas suyas. Sólo se enteró de que en el apartamento

sucedían cosas por el ruido de un cuerpo al caer y arrastrar consigo una silla.

Giró velozmente, desenfundando la «Magnum», pero no encontró contra quién utilizarla. Vera Natalio estaba tumbada en el suelo, echando sangre por la boca. Era imposible que, a través de la ventana, una bala procedente del exterior la hubiera alcanzado. Parecía una obra de brujería, y sin embargo había recibido evidentemente una herida mortal.

Oliver miró la puerta. Cerrada. Corrió junto a la muchacha, se inclinó y desgarró su vestido y su rosada ropa interior. No había remedio: tardaría unos segundos en morir; el redondo orificio de su pecho lo decía bien claro.

El americano salió al pasillo y descendió a saltos la escalera. Vio a Zecca apenas ganó la calle. En aquel momento vaciaba el cargador de su pistola contra el hombre pequeño, que se le echaba encima como un energúmeno. El hombre estaba muerto al segundo balazo, pero el coronel tenía sin duda las balas gratis y no le importaba malgastarlas.

—¿Qué ha pasado aquí? —exclamó Oliver.

Un tétrico silencio se hizo tras el último disparo.

—Lamentable —los ojos de Zecca despedían relámpagos—. Estos tipos no se entregan. Entablaron batalla. No ha habido más remedio.

—¿Ninguno vivo?

—Temo que no. Incluso mis hambres han sufrido bajas —el coronel tocó con el pie el cadáver del pequeño—. ¿Ha visto cómo me acometía? ¡Un loco furioso, maldito sea!

Oliver dijo lentamente:

—También arriba ha habido su poco de jaleo.

—¿Arriba?

—Han matado a una muchacha y se ha secado antes de manar una fuente de informes. Vera Natalio, una preciosa criatura. No olvidaré su nombre en mucho tiempo.

—¿Quién era?

—Eso es lo que me gustaría saber con exactitud.

Los agentes de Zecca se congregaban a la puerta del edificio. Tres de ellos estaban heridos, uno a punto de expirar. Acudían curiosos.

El coronel distribuyó secas y enérgicas órdenes, y luego asió a Oliver del brazo.

—Vámonos. Necesito una explicación de su llamada telefónica y, en realidad, de todo lo ocurrido aquí. ¿Ha traído su coche?

—Sí.

Se acomodaron en el «Fíat» y, mientras conducía en dirección al ministerio, el americano hizo un relato detallado de su aventura con la telefonista del hotel. Estaba de pésimo humor, pero el de Zecca no era mejor que el suyo.

—Hum —gruñó éste, cuando él hubo terminado—. Cochina historia. Si algún día tengo el placer de conocer personalmente a la señorita Daly, me veré obligado a presentarle mis excusas. Mis hombres y yo hemos hecho aproximadamente lo mismo que hizo ella con los ocupantes del «Alfa Romeo». Voy a creer, señor Oliver, que sobre este caso pesa alguna forma de maldición.

Oliver no dijo nada. Transcurrido algún tiempo, el coronel añadió:

—Sólo tengo una buena noticia: el mecánico ha confesado.

—¿La verdad?

—Eso creo.

—¿Y bien?

—No sólo no compró el «Chevrolet», sino que le pagaron por quedárselo. Fue Buddy Brand, el día veintisiete de julio. El coche tenía unas abolladuras en el parachoques y los guardabarros delanteros. Brand pagó al mecánico por repararlas y por pintarlo de Otro color. Después le dijo que podía quedarse con él, pero sin papeles. El mecánico, por propia iniciativa, los falsificó para venderlo.

La versión era plausible.

—Brand tendrá que justificarse.

—Si puede —asintió Zecca—. He pensado someterle a vigilancia.

—Déjelo de mi cuenta. Será un placer vernos de nuevo las caras.

Oliver detuvo el coche ante el ministerio.

—¿Vérselas esta noche? —preguntó el coronel, antes de apearse—. ¿Ahora?

—No —dijo sombríamente el americano—. Ahora no me interesan sino dos cosas. Una es cenar. Otra, dormir.

CAPÍTULO XI

El día empezó del modo consabido: con la visión de la cara morena y sonriente de Erno. El botones se mostraba excitado.

—Sospecho que tiene usted muchas cosas que contarme, señor Oliver. Ha habido una baja forzosa en el personal del hotel. Una baja sensible.

—Ujú —murmuró el americano soñolientamente.

—Vera Natalio. ¿Fue usted quien la liquidó?

—¡Vete al diablo! Hoy no hay negocio. Es decir, te pagaré para que me dejes en paz. Lárgate.

—Usted manda, jefe.

Cuando Erno se hubo marchado con su billete, Oliver se duchó y desayunó sin ganas. Su humor no había mejorado desde la víspera. No fue aquella sensación de agobio y disgusto, empero, lo que le impulsó a tomar el teléfono y llamar a Debbie Daly; fue algo menos consciente, algo de lo cual se daba menos cuenta.

—La necesito, Debbie —dijo, y era verdad.

Ella respondió:

—Ha tardado mucho en comprenderlo.

—El trabajo me ha agobiado. ¿Puedo contar esta mañana con usted?

—Puede.

—Pasaré a buscarla dentro de un momento por su habitación. Iremos a bañarnos y almorzaremos juntos, ¿conforme?

—Si el almuerzo no vuelve a suspenderse, sí.

—Espero que no.

Fue a la habitación de la muchacha y llamó con los nudillos a la puerta. Ésta se abrió enseguida, unos centímetros.

—Cuenta hasta diez antes de entrar, Ken.

Debbie estaría a medio vestir, supuso Oliver, y querría tener tiempo de recogerse en el cuarto de baño. Era un caballero y contó, pero de dos en dos.

En la habitación no había nadie. Desde el cuarto de baño, a la izquierda, la voz de la joven indicó dónde estaban las bebidas. Él aguardó sin atender la indicación, fumando un cigarrillo.

Pensó, al ver a Debbie, que era aún más hermosa de como la recordaba. Su gracia, su elegancia, su finura, no tenían comparación con las de ninguna de las mujeres que conociera hasta entonces. Era un puro deleite admirarla.

Ella, por su parte, estaba sinceramente gozosa.

—Rectifico lo que dije, antes del almuerzo —rió, asiéndole las manos—. Si se suspende, tanto mejor. Será mucho más divertido. ¿Vamos?

Él volvió a disfrutar del placer de volar a su lado en el fantástico «Ferrari» rojo, contemplando su cabello arremolinado por el viento y su rostro encendido por la emoción de la velocidad. Los veintisiete kilómetros de la autopista de Ostia duraron un instante.

Pasaron la mañana en la playa, hablando de esto y de aquello, cosas sin importancia todas, quizá porque ambos daban mucho valor a lo que cada uno guardaba en el fondo de la mente. Más tarde almorzaron en un restaurante del Viale della Pineta. Fue entonces Debbie quien dijo:

—¿Cómo van sus pesquisas, Ken?

Oliver confesó:

—Hecho un lío.

—Ken.

—¿Sí?

—La última vez que nos vimos nos dijimos, en un sentido, demasiadas cosas, y en otro no nos dijimos las suficientes. Sé que está usted en un apuro y quiero... quiero recordarle... que me dolería que no saliera con bien de él.

El americano sonrió cansadamente.

—Es difícil que en este mundo me ocurra nada malo.

—No bromeo.

—No bromeo. A veces he llegado a desear que me ocurriese. Ser un mimado de la suerte, como soy yo, cuesta a la larga un precio muy duro de pagar.

—Usted me preocupa.

—Preocuparse por mí no conduce a ninguna parte.

—Ken, ¿qué ha hecho desde que nos separamos?

—¿No es usted demasiado curiosa?

—Lo que soy... Bien. —Debbie se mordió los labios—, quizá sí. Demasiado curiosa. Interpretélo de ese modo.

Oliver hubiese podido terminar la frase por ella. Desvió la mirada para no ver la expresión de sus ojos.

—Le revelaré, para su tranquilidad, que Dana Hold está moralmente descartado de mi lista de presuntos criminales.

Debbie aceptó el cambio de tema.

—Jamás me ha intranquilizado Dana Hold, pero lo celebro por mi madre. Dígame ahora si estoy descartada de esa lista yo misma.

—Lo ha estado siempre.

—No mienta.

—Lo ha estado desde que la conocí.

—No, Ken, no. Ha habido algunas cosas de mí que han despertado sus recelos. Puedo citarle la más importante.

—¿Usted lo sabe mejor que yo?

—Lo sabemos por igual, sólo que usted lo niega por galantería. Admita que le ha alarmado mi modo de manejar la pistola.

Él titubeó.

—Admito únicamente que me ha sorprendido.

—Me he criado entre pistolas, revólveres y rifles —declaró la joven—. Mi padre era un apasionado de las armas y un tirador excepcional. Estuvo a punto de figurar en nuestro equipo olímpico cuando se hallaba en su mejor forma, pero se lo impidió una enfermedad inoportuna. Yo aprendí a tirar desde niña. Mi casa de Nueva York la tengo llena de trofeos.

—No le he pedido explicaciones.

—Precisamente por eso se las doy.

Oliver encendió un cigarrillo. Mientras escuchaba a la joven había comenzado a pensar en lo poco que quedaba de la «lista negra» de Raymond Link. Mohamed Kasser murió antes que el propio Link. Debbie Daly quedaba eliminada, lo mismo que, por pura lógica, Dana Hold. La pista iniciada en Giacomo Varese, aunque fructífera, se había borrado. Buddy Brand constituía un complejo enigma: conocía a Link y lo negó; fue su coche el que

mató al agente; dijo que se lo habían robado el veinticinco de julio, en tanto que de la declaración del mecánico se desprendía que se deshizo voluntariosamente de él el veintisiete. ¿Qué significaba todo esto?

En cuanto a la lista en sí, ¿no se podía prolongar? Los peligros corridos y los esfuerzos realizados desde su llegada a Roma, ¿no habían conducido a ninguna parte? ¿Seguía la investigación en el mismo punto en que Link la dejó a su muerte? ¿No había nadie más allá del músico negro y del agente de seguros?

¿No había nadie?

—¡Ken!

El americano se estremeció.

—Perdóneme.

—¿Por qué pone esa cara? ¿En qué pensaba? ¿O acaso soñaba despierto?

Oliver miró con sorpresa el cigarrillo que creía haber encendido unos segundos antes: ¡se había consumido por completo en el platillo de su taza de café!

—Debo haber sufrido una especie de alucinación —dijo—. Resulta asombroso, ¡pero ahora ya sé quién y cómo mató a Raymond Link! ¡Lo he visto más claro que la luz del día!

Debbie le contemplaba con cierta alarma. Los rasgos de él semejaban haberse endurecido. Su boca era una línea recta. Sus ojos se habían llenado de sombras.

—Ken, ¿no habrá tomado con exceso el sol?

—Si es así lo tomaré todas las mañanas. ¡Qué estúpido! ¡Qué ciego he sido! ¡Qué fácilmente me he dejado engañar! Pero esto, Debbie, ha terminado. Ha sonado la hora de mi revancha. —Oliver extendió la mano para estrechar la de la muchacha a través de la mesa—. Gracias por su inspiración.

—No sé de qué me habla.

—No tardará en saberlo —él se levantó—. Ahora es preciso que regresemos a la ciudad. Cuando se ha localizado al enemigo, trazar los planes para la ofensiva no admite demora.

Debbie recogió su bolso. No se mostraba en absoluto satisfecha.

—Me aterra pensar lo poco que significa para usted. Ken —dijo, mientras caminaban hacia el coche—. Hoy, al oír su voz en el teléfono, al verle, he creído por un momento que al fin se había

convertido en un ser humano capaz de darse cuenta de que yo soy también un ser humano. Luego, repentinamente, ha cambiado todo. Soy otra vez un objeto, o una abstracción, o una suerte de juguete mecánico que se mueve a su lado. Usted ha huido. Empiezo a comprender que será siempre así, que usted huirá siempre en el instante en que le siento más cerca.

Él replicó con voz suave:

—Temo que usted no se de cuenta de mi situación. Soy un hombre con una gravísima misión que cumplir, no un turista ocioso que flirtea con una muchacha.

—Sabe que no me refiero a eso.

—Dejémoslo, ¿quiere?

Debbie suspiró. Insistir era tonto. Ken Oliver se hallaba espiritualmente a miles de kilómetros de ella, en el cerrado y sombrío mundo de sus pensamientos, trazando ya mentalmente los planes de su anunciada ofensiva. Qué ofensiva era ésta y contra quién iría dirigida, a Debbie Daly no le importaba en comparación con lo demás.

Regresaron en silencio al hotel.

—Volveremos a vernos —dijo Oliver, cuando se separaron en el vestíbulo—. Es irremediable. Tanto usted como yo somos lo bastante locos para desearlo. Hasta entonces, trate de pensar en mí cómo soy, no cómo le gustaría que fuese.

—Lo procuraré. Buena suerte, Ken.

—No se preocupe, la tengo por toneladas.

El americano subió a su habitación. Después de prepararse un *whisky*, tomó su estilográfica y unas cuartillas y se sentó a escribir. Dedicó a ello quince minutos. En cuanto hubo terminado hizo sonar el timbre.

—Necesito a Erno, el botones —dijo a la camarera del piso, que fue quien acudió a la llamada—. Es urgente.

Erno, lleno de expectación, se presentó enseguida.

—¿Trabajo a la vista, jefe?

—Un trabajo sencillo, pero que te obligará a acostarte tarde esta noche.

—No me importa.

Oliver le tendió las cuartillas que había escrito.

—Lee lo que dice aquí.

El muchacho obedeció. Luego le miró, asombrado.

—¿Qué es? ¿Una obra teatral?

—Algo parecido. Fíjate bien. A las dos de la madrugada me llamarás por teléfono, aquí, al hotel. Estaré en esta habitación. No pronuncies una sola palabra más que las que están ahí escritas. Observarás que he señalado claramente lo que debes decir tú y lo que diré yo.

—Aquí pone «Oliver» y «Giuseppe» —asintió el botones.

—Tú serás Giuseppe, para el caso. ¿Has comprendido?

—No es difícil de comprender. Usted y yo fingiremos una conversación telefónica, supongo que en beneficio de alguien que estará escuchando.

—Más o menos. Procura aprenderte tu papel de memoria y leerlo con naturalidad. Si cumples como buen actor, habrá prima extraordinaria. —Oliver echó mano de sus billetes—. Ahí va esto como anticipo.

Erno silbó.

—Se nota que el dinero, a la larga, no sale de su bolsillo, jefe —comentó burlonamente—; pero debe de ser estupendo vivir del presupuesto del

F. B. I.

—Olvídate para siempre del

F. B. I.

—replicó el americano—. Yete ya.

Media hora más tarde salía del hotel. Quería llamar por teléfono a París y hablar con Sturm, aunque de cosas demasiado graves para tratarlas a través de las líneas del Villa Imperiale. Ahora andaba y andaría con pies de plomo.

Llamó desde la central.

CAPÍTULO XII

Eran las dos y seis minutos cuando el teléfono sonó. Tendido en la cama, en pijama para estar más fresco, Oliver no dormía. El último resto de su botella de *whisky* se hallaba en un vaso sobre la repisa de la cabecera.

Descolgó el aparato.

—¿Quién llama?

—Giuseppe, señor.

Erno disfrazaba incluso el timbre de su voz. Su tono era convincente.

—¿A esta hora?

—No he podido antes. Acabo de salir del camerino del negro. He encontrado algo que seguramente le interesará.

—¿Qué es?

—Lo que usted sospechaba. Lo que me indicó.

—¿Cocaína?

—Sí.

—¿Está seguro?

—Conozco el género.

—Muy bien. Voy al Club Sorrento ahora mismo. ¿Cuándo termina Brand su trabajo?

—A las dos y media.

—Llegaré a tiempo para seguirle, pero, si por algún motivo me retraso, procure usted retenerle unos minutos.

—Yo no soy quién para eso, señor. Conviene que se deprisa.

—De acuerdo.

—Señor...

—¿Qué más?

—No olvide... mis honorarios.

—Los tendrá. Espéreme a las dos y media en la puerta del club.

—Gracias, señor. El sueldo de camarero, ¿comprende?, no es gran cosa.

Oliver devolvió el teléfono a su soporte y se echó a reír. Erno se había portado bien. Su expresión, sus matices, todo resultó logrado. El muchacho llegaría lejos si sabía explotar convenientemente su agudeza.

Saltó de la cama y se vistió. Su ofensiva había comenzado. Terminaría en desastre si sus cálculos se basaban en un error, pero, si no, su triunfo haría historia. Y estaba seguro de no haber cometido error de ninguna clase, ¡dolorosamente seguro!

Llovía, de lo cual no se enteró hasta que salió a la calle, cuando ya no disponía de tiempo para retroceder en busca del impermeable. Corrió hasta su coche y, dentro, se sacudió el agua de encima como un perro. A las dos y media menos un minuto había detenido el «Fiat» de modo que la puerta del Club Sorrento le resultara visible.

Era cierto que Buddy Brand terminaba a las dos y media su trabajo. Tardó, empero, veinte minutos más en aparecer. Llevaba del brazo a una rubia de porte majestuoso, casi tan alta como él. Ambos se protegían bajo el paraguas de ella mientras caminaban, rápidamente bajo la lluvia. Su meta era un «Lancia» flamante, de color azul cielo —sin duda el color favorito del músico—, en el cual ya había reparado Oliver durante la espera.

La pareja se metió en el coche y éste arrancó y empezó a maniobrar para salir del aparcamiento. Acababa de salir cuando sucedió algo inesperado.

El coche estaba en mitad de la calle, perpendicular a la acera, con la cola orientada hacia el club nocturno. De una bocacalle emergió en aquel momento un camión ligero. Su velocidad no era mucha al doblar la esquina, y la calle parecía lo bastante ancha para permitirle el paso; sin embargo, de una manera evidentemente deliberada, embistió al «Lancia» por la parte del motor. El automóvil de Brand patinó de costado sobre el asfalto húmedo y giró como una peonza. Fue probablemente la humedad del piso lo que le libró de dar una vuelta de campana, o acaso el hecho de que era relativamente moderada la velocidad del camión. Este último, apenas producido el choque, partió calle abajo a todo gas, mientras

rompía a sonar vana y estridentemente el silbato del guardia de servicio junio al club.

Oliver saltó de su coche. Cuando llegó a la portezuela del de Brand, el portero del Sorrento, el guardia y tres o cuatro espectadores que tuvo la escena corrían en la misma dirección. El negro y la rubia no habían sufrido el menor daño, aunque ella se mordía las uñas como si fueran de caviar. Brand estaba ligeramente nervioso.

—Buen susto, amigo —dijo Oliver.

El músico gruñó:

—No sería nada sin, encima, el disgusto de verle a usted.

—Tómelo con calma. Le han hecho cisco el cacharro, y sabrá lo que es bueno si no lo tenía asegurado tampoco —el topetazo había destrozado, efectivamente, el capó del «Lancia»—. Tengo ahí mi coche. Le invito a una copa de reconciliación y, de paso, les evitaré el riesgo de una pulmonía.

—Prefiero la pulmonía.

—Se vendrán conmigo de todos modos.

El guardia se aproximó e intervino:

—¿Alguno de ustedes reparó en el número de ese camión?

—El señor no habla italiano —dijo Oliver, señalando a Brand—. Pero no hemos visto nada, por desgracia. ¿Querrá usted cuidar del coche, agente, hasta que vengan del taller de reparaciones en su busca?

—Necesito unos datos para mi informe.

—Gustoso le serviré de intérprete. Pregunte usted.

El guardia hizo las formularias preguntas de rigor, que Oliver tradujo a Brand. La rubia no despegó los labios. El círculo de curiosos crecía por momentos, pese a la lluvia, con el público que abandonaba el club.

La escena fue breve.

—Vamos, Buddy, no sea terco —dijo Oliver, cuando el guardia hubo terminado con unas palabras de agradecimiento—. No tengo nada contra usted, sino al contrario. Somos compatriotas y está metido en un lío. Trato de ayudarle.

Brand se apeó en silencio, seguido de la rubia. Ésta abrió el paraguas. Oliver los condujo a su coche. Estaba otra vez empapado, pero había conseguido sus propósitos. Colocó el retrovisor de

manera que la pareja, que ocupaba el asiento trasero, estuviera ante sus ojos, y enseguida puso el coche en marcha.

—Si no tiene inconveniente —dijo al negro— preferiría tomar la copa en mi hotel. Necesito mudarme de ropa.

—Haga lo que le de la gana —replicó Brand, malhumorado.

—¿Dónde dejamos a la señora?

—Viene con nosotros.

—Imposible.

—Le digo que viene con nosotros.

—Y yo le digo que es imposible. Tenemos que hablar. Habrá temas que deben quedar estrictamente entre nosotros.

La rubia rompió su mutismo por primera vez:

—Está bien por mí, Buddy —dijo con voz suave—. Me siento fatigada. Llévame al hotel.

—Es el «Roma Centrale» —añadió el músico—. Siga hasta esa plaza, ¿cómo se llama?

—Barberini —concretó la rubia.

Oliver no apartó la mirada del retrovisor cuando, en la plaza Barberini, los dos se despidieron con un rápido beso. Luego prosiguió la marcha hasta el Villa Imperiale. Brand permanecía callado.

—Siéntese en cualquier parte —dijo el agente, al llegar a su habitación—. Pediré una botella de *whisky*.

—Yo no bebo.

—Yo sí.

La botella tardó casi diez minutos, que Oliver dedicó a ponerse ropa seca.

—Escúcheme atentamente, Buddy —siguió diciendo, mientras se preparaba la bebida—. Voy a serle completamente franco y a contarle cosas —que conocen muy pocas personas en el mundo. Usted y yo, cada uno a su modo, estamos en un gravísimo apuro. No es hora de perder tiempo en subterfugios ni de andarse por las ramas.

Brand se había hundido en un sillón, con las piernas extendidas, y fumaba mirando al techo.

—Yo no estoy en apuro de ninguna clase.

—No empecemos. Soy un investigador especial del Ejército de los Estados Unidos destacado en Roma, con la conformidad del

Gobierno italiano, para desenmascarar un tráfico clandestino de armas destinadas al África del Norte, tráfico cuyo cuartel general está aquí. Las armas son de procedencia norteamericana y este hecho, si llegara a conocerse públicamente, nos acarrearía serios conflictos internacionales, por lo cual opero con la máxima discreción posible. Mi antecesor en esta tarea, la persona que levantó la liebre y descubrió su pista, era Raymond Link, quien murió asesinado cuando, a través de uno de los principales personajes del caso, un egipcio llamado Mohamed Kasser, se hallaba a punto de obtener resultados concretos. ¿Todo esto es para usted una sorpresa?

El negro ya no miraba al techo, sino al rostro de Oliver.

—Una absoluta sorpresa.

—Sin embargo, usted aparece metido en el lodazal hasta el cuello. Link se llevó consigo a la tumba todo lo que sabía, con excepción de un trozo de papel en que había una lista de cuatro nombres que nosotros supusimos, con relativo fundamento, los de personas relacionadas con su investigación. El suyo era uno de esos nombres, Buddy.

—Es imposible.

—Le digo la verdad. Más aún. Mohamed Kasser, el hombre clave para Link, fue apuñalado en el Club Sorrento, donde usted actúa. El propio Link murió bajo las ruedas de su coche. Aparte la conducta que usted ha observado conmigo, aparte su extraordinario proceder en el asunto de la desaparición del «Chevrolet», docenas de indicios le señalan como el responsable del asesinato de mi colega y, en consecuencia, como dirigente del contrabando de armas. ¡Esta misma noche, detalle fina!, se ha desarrollado ante mis ojos una inmundia farsa: un camión ha simulado que embestía su nuevo coche. Digo que lo ha simulado, Buddy, fíjese bien. El choque no tenía por objeto causarle a usted ningún daño, pero sí aparentar que podía habérselo causado y que usted se salvaba por milagro de la muerte. Grotesco. El camión marchaba a poca velocidad y ha pegado contra el capó del «Lancia», de costado y sin apenas fuerza. No ha sido un accidente casual, pero tampoco un atentado contra su vida. Ha sido un atentado fingido.

—No le comprendo —dijo Brand, sin ocultar su interés.

Oliver bebió un largo trago de *whisky*.

—Buddy, o es usted de una estupidez inconmensurable, o es el canalla más grande de la Historia. Desde el principio, la gente que despachó a Link se ha esforzado por presentarle como el individuo que cometió el asesinato y dirige la organización. Usted no ha hecho otra cosa que facilitarles el juego, con una persistencia que me causa asombro.

El negro se humedeció con la lengua los labios.

—Sigo sin comprender.

—¡Imbécil! —exclamó Oliver—. ¿Qué es lo que no comprende? Ese supuesto atentado ha sido un espectáculo dedicado a mí, montado por alguien que sabía que yo iba a presenciarlo. El camión ha operado con tanta prudencia que el más lerdo hubiera advertido que se trataba de una farsa. Una de las maneras de que un hombre culpable aparezca como inocente de determinado delito es hacerle víctima a él de ese delito, procurando, claro está, no causarle daños. Si usted se dedica a robar calcetines y quiere alejar de sí las sospechas, fingirá que también sus calcetines han sido robados. Concretamente, el atentado debía hacerme creer a mí que usted era culpable porque alejaba de sí las sospechas.

Brand se quedó callado un instante. Luego preguntó de sopetón:

—¿Por qué no lo ha creído?

—Porque un infeliz como usted, empapurrado de cocaína hasta las orejas, no puede ser culpable de nada, salvo de tonterías.

—¿Ha dicho cocaína?

—¿Necesita preguntarlo, idiota? ¿A qué cree que me refería cuando habló de anular su permiso de residencia en Italia? Sus ojos y su aspecto le delatan, Buddy: está podrido por las drogas. Le tengo en mis manos. Una palabra mía a las autoridades y su plácida vida en Roma se acabó.



El negro se había descompuesto de repente. Su cara desencajada era la de un hombre diez años más viejo, la de un enfermo, la de un alucinado. Emitió una especie de gemido.

—No puede ser... eso no puede ocurrirme a mí...

—¿Sabré ahora qué relación le unió a Raymond Link?

—No me creerá si se lo digo.

—Pruebe.

—Link era... un buen admirador mío y de mi música... un gran aficionado al *jazz*... Un día me oyó tocar en el Sorrento y vino a mi camerino a felicitarme. A raíz de aquello entablamos cierta amistad.

—Usted le llamó por teléfono al hotel.

—Sí, le llamó tres veces. Él me lo había pedido.

—¿Le había pedido qué?

—Que le llevara a mi apartamento. Tengo coleccionadas todas

mis grabaciones, las de Chicago del año treinta y nueve, las de Nueva York, las de San Luis. Quería escucharlas.

—Lo hizo, por supuesto.

—De las tres veces vino dos.

—¿Usted conocía a Mohamed Kasser?

—No.

—¿Cómo fue que Kasser muriera en el Club Sorrento?

—Lo ignoro. No sé nada de él.

—¿Le había visto en compañía de Link?

—Nunca.

—¿Por qué ha mentido hasta hoy?

—¡Porque no tenía otro remedio que mentir! ¡Póngase en mi situación! ¡Un hombre arrollado por mi propio coche! ¿Qué explicación podía dar?

—¿Está usted loco? La misma que me da ahora.

—¡Oh, no! Nadie sabía que yo había tratado a Link del modo que le traté. Nadie hubiera creído la verdad. Callando, quedaba al margen.

—¿Nadie lo sabía? ¿Ni siquiera su amiga rubia?

—Ella me vio con Link en una ocasión, pero ignora quién era y cómo se llamaba.

—Sin embargo, ella y otros habían visto su coche.

—Mi coche había sido robado. El accidente de la Vía Vittorio Veneto fue como tantos. Los periódicos apenas le dieron importancia. El auto que mató a Link podía ser uno cualquiera.

—Pero usted lo reconoció.

—Sí, y por eso callé.

—Y por eso, además, se desprendió rápidamente de él cuándo le fue devuelto, al día siguiente del asesinato.

Brand hizo un gesto de asombro.

—¿Qué dice? Nunca me fue devuelto.

—¡Mil diablos, Buddy, quiero la verdad! ¡Usted le endosó el coche a un mecánico, pagó a éste para que reparase las abolladuras y lo repintara, y encima se lo regaló sin documentación!

—¿De dónde ha sacado eso?

—¿Acaso no es cierto?

—Naturalmente que no. ¿Qué ganaría ya con mentirle?

Oliver reflexionó rápidamente. Su rostro se había llenado de

sombras. De pronto, dijo:

—Lamento comunicarle, Buddy, que, si no en este momento, su vida peligrará dentro de poco. Está usted en la lista negra, y no precisamente en la de Raymond Link.

—Pero... —empezó el negro.

Le interrumpió y le sobresaltó el repiqueteo del teléfono. Oliver se quedó un instante inmóvil. En seguida consultó su reloj. Eran más de las tres y media, ¡y el teléfono sonaba!

Descolgó el aparato.

—Diga.

—Perdóneme si interrumpo su sueño —era la voz educada e inconfundible del coronel Zecca—. Tengo una noticia que le interesará. Le anticipo que es mala.

—No me ha despertado. Adelante.

—A última hora de la tarde, Stoppa, el mecánico, por gestión de su abogado, ha sido puesto en libertad bajo fianza. La policía acaba de encontrarle muerto en un depósito de basuras.

La mano con que Oliver sostenía el auricular se crispó.

—Cuerno.

—Un tiro le había volado la cabeza.

El americano titubeó.

—Coronel.

—¿Qué?

—Eso parece apuntar directamente contra Brand.

—Lo sé. Pero usted dijo que le dejáramos a Brand de su cuenta, y no soy yo quien tiene la iniciativa del asunto.

—Atiéndame. Esta noche, a la salida del Club Sorrento, Brand se ha fingido víctima de un atentado: un camión ha embestido su coche y, en apariencia, él ha salvado por milagro la piel. Trabajo fino, muy bien realizado, para que todos supiéramos que es inocente y que su vida está amenazada. Pero yo me encontraba allí y no me he dejado engañar.

—¿Usted se encontraba allí?

—Había pagado a un camarero del club para que registrase su camerino. Encontró cocaína. No era exactamente lo que yo deseaba, pero pensó que se imponía atrapar al negro y aclarar las cosas. Estaba vigilándole cuando eso ocurrió.

—¿Y bien?

—Nada. Agarré a Brand y me lo llevó al hotel. Siento decirle, coronel, que, en el momento crítico, se me ha escapado. Su llamada es más que oportuna. Deseaba prevenirle y_ no sabía cómo.

—Según veo, señor Oliver, mi tarea sigue siendo remediar sus fallos.

—No se enoje conmigo.

—No estoy enojado. ¿Qué debo hacer?

—Encontrar a Brand y detenerle. Creo que hemos llegado al fin. Es preciso liquidar el asunto cuanto antes.

—¿Está seguro de que Buddy Brand es su hombre?

—Lo estoy.

—Conforme. Le daré más noticias a medida que las reciba. Buenas noches, señor Oliver; y otra vez que emprenda una aventura, tenga la gentileza de avisarme. Sus recientes experiencias deberían indicarle que ésa es la conducta racional.

—Prometo hacerlo —replicó Oliver.

Y colgó.

La negra cara de Buddy había adquirido un color que tiraba a gris.

—Usted juega conmigo —dijo roncamente—. Me ha engañado, se burla de mí, ¡me escarnece! ¿Qué significa su conversación con ese hombre?

Oliver le miró de pies a cabeza.

—Significa que trato de salvarle la vida.

—No entiendo... no consigo entender...

—Renuncie a entender nada. ¿Está dispuesto a colaborar conmigo en beneficio suyo? ¿Quiere salir de esto sin daño? ¿Quiere conservar su contrato en el Club Sorrento?

—Sí.

—Entonces es preciso que se oculte durante uno o dos días. Que se oculte de verdad, Buddy, sin avisar ni siquiera a su amiga. No se preocupe por su trabajo en el club. Cuando esto haya terminado, todo se arreglará.

El negro había perdido el dominio de sí mismo.

—Usted sabrá lo que hace.

—Esta noche dormiré aquí, y mañana le trasladaré a un lugar conveniente. Por lo que más quiera, no utilice el teléfono ni me juegue una mala pasada. El mecánico que reparó y pintó su coche

para venderlo, un desdichado que secundó ciegamente los planes de alguien cuya verdadera fuerza desconocía, acaba de aparecer con la cabeza volada de un balazo; a una pobre muchacha llamada Vera Natalio, que se prestó más o menos a lo mismo, le pegaron un tiro en el corazón. No me gustaría que usted terminase como ellos.

—No, no, ¡nunca! —gimió Brand—. ¡Le obedeceré en lo que mande! ¡Lo juro!

Era sincero.

CAPÍTULO XIII

Oliver llamó dos veces a la puerta de la habitación de Debbie antes de que le fuera franqueado el paso.

—¿Usted?

Eran las nueve y media de la mañana. La muchacha acababa de levantarse e iba envuelta en un salto de cama azul. Su cara soñolienta, sin maquillar, enmarcada en el revuelto cabello, era deliciosa.

—Quizá soy inoportuno, pero he de pedirle un doble favor. Es de vital importancia para mí.

Ella cerró la puerta. Al fondo de la grande y bella habitación se veía su cama revuelta y había una percha portátil con ropas. Oliver ni siquiera reparó en el desorden y la falta de convencionalismos.

—¿Qué ocurre, Ken?

—Usted es la única persona en quien me atrevo a confiar plenamente. No se asombre de lo que le voy a decir. Necesito un lugar, un local, una casa, lo que sea, donde pueda disparar un tiro sin escandalizar al vecindario. Al propio tiempo, en ese lugar debo ocultar a un hombre. Usted tendrá amigos, relaciones en Roma. He pensado que quizá podría obtenérmelo.

Debbie pestañeó.

—¿Me permite una sola pregunta?

—Hágala.

—¿Contra quién disparará ese tiro?

—Contra nadie. Sólo preciso que alguien oiga por teléfono la detonación.

—De modo que ha de haber un teléfono.

—Sí.

—¿Le corre prisa?

—Sí.

—Mi madre tiene una casa en las afueras, que ahora está desocupada. Es el único lugar que se me ocurre. Si espera pongamos una hora, iré a pedir las llaves al administrador.

Oliver suspiró.

—Excelente. Deme usted las señas. Puedo ganar tiempo esperándola allí.

Ella le dio las señas. Añadió:

—Celebro que haya recurrido a mí, Ken. Es una sorpresa ver que hay algo para lo cual me necesita de verdad.

El agente le oprimió amistosamente el brazo.

—Hay muchas cosas. Hasta pronto.

Regresó a su habitación. Brand, que había pasado una pésima noche, le aguardaba con ansiedad.

—¿Nos vamos? —preguntó.

—Pronto. Tome un baño, aféitese, haga cualquier cosa que le entone los nervios. Le doy cuarenta minutos.

El negro necesitó treinta y cinco. Su cambio de talante, cuando reapareció ante Oliver, era tan absoluto que no podía deberse únicamente a los efectos tonificadores del baño y el afeitado. Estaba claro que había tomado una dosis de cocaína, pero el agente lo pasó por alto sin comentario ninguno.

Diez minutos después se hallaban en la casa de los Hold. No era una casa corriente, sino una magnífica villa estilo Renacimiento situada en un frondoso parque. Oliver arrugó el entrecejo. Tenía a la vista una prueba palpable de la envergadura de los negocios de Dana Hold. Sólo un hombre que nadase en oro podía permitirse la posesión de una residencia como aquélla en una ciudad, Roma, que no visitaba sino de vez en cuando.

Debbie tardó todavía cinco minutos más: se había anticipado en diez a lo previsto. Miró con curiosidad a Buddy Brand al apearse del «Ferrari», pero no pronunció una palabra relacionada con él.

Fue Oliver quien le aludió:

—Es Brand, el músico. Usted le conoce, sin duda. Se quedará algún tiempo aquí. No creo que se queje por falta de lujo.

La muchacha sacó las llaves de su bolso y abrió la puerta.

—Éste es el antiguo Palazzo Antonietti —explicó—. Hold lo compró y lo restauró el año cincuenta. Pasen.

El interior parecía un museo. Oliver oyó al negro murmurar:

—Como un príncipe.

Mientras Buddy contemplaba boquiabierto el vestíbulo, presidido por una formidable vidriera policromada, él se llevó aparte a Debbie.

—Gracias —dijo—; sobre todo, por no hacerme preguntas.

—Le he hecho una y basta —replicó ella—. Tengo confianza en usted.

—¿Recuerda que le he hablado de un doble favor?

—Sí.

—Se ha cumplido la primera parte. Continúo necesiéndola, Debbie, y lo de ahora va a ser más difícil.

La joven le miró a los ojos.

—Estoy dispuesta.

—Deseo que siga a un hombre y llame por teléfono comunicándome adónde se ha dirigido. Esperaré su llamada aquí.

—¿Eso es difícil?

—Lo es porque se trata de un asesino, de un monstruo feroz, de un ser implacable y sin piedad. La menor imprudencia puede costarle a usted la vida. No exagero un ápice, Debbie.

Ella no se inmutó.

—Muy bien —dijo.

—Dentro de media hora casi exacta, ese hombre saldrá apresuradamente del ministerio de Defensa. Tiene cuarenta años, cabello gris en las sienes y una ligera calvicie. Mediana estatura. Aspecto aristocrático. Recuerda al conde Sforza cuando era joven, si puede usted imaginárselo. Usa monóculo. Viste con una elegancia extraordinaria. ¿Se atreve a identificarlo por esta descripción?

—Confío en que sí. El monóculo me ayudará.

—Por supuesto. Usted deberá situarse de modo que domine la puerta del ministerio sin dificultad, lo bastante cerca para verle y lo bastante lejos para pasar inadvertida. El hombre, no me cabe duda, tomará un coche. Sígame. No podrá conducir su «Ferrari», porque es demasiado llamativo y él se daría cuenta. Déjemelo a mí y llévese mi «Fiat». Iguales al mío los hay a miles en la ciudad.

—Muy bien —repitió la joven.

—¿Lo ha comprendido todo?

—Todo.

—Vaya directamente al ministerio desde aquí, sin perder un instante.

—Lo haré, Ken.

Él la miró y tragó saliva. Los grandes y verdes ojos de Debbie tenían una expresión dulce, estaban llenos de ilusión. Sus labios se entreabrían. Oliver recordó el enloquecedor universo de delicias que aquellos labios le habían brindado en otra ocasión, y apretó los puños con rabia. Pero no pudo contenerse. Apenas le había invadido el recuerdo cuando ya tenía a la muchacha entre sus brazos, ceñida contra su pecho, y el universo increíble se abría ante él otra vez.

Debbie se soltó suavemente.

—Adiós, Ken —murmuró—. Todo saldrá bien si depende de mí.

Oliver se quedó parado en su sitio, aturdido, como cegado por una intensa luz. Intuía de una manera vaga que acababa de descubrir un mundo nuevo; un mundo que estuvo siempre a su lado, pero en el cual se había resistido a creer hasta entonces.

La voz de Buddy Brand le sacó de su ensueño. Decía:

—Linda muchacha.

Debbie se había marchado. El agente se estremeció.

—Déjeme en paz, Buddy —replicó ásperamente—. Dedicúese a recorrer la casa, busque una cama y tiéndase a dormir, haga lo que quiera, ¡pero déjeme en paz! ¡Y no empiece a chillar cuando, dentro de un rato oiga un tiro!

—¿Un tiro?

—No se preocupe de eso. Vamos, ¡largo!

—Okey —gruñó el negro, encogiéndose de hombros.

En una magnífica biblioteca contigua al vestíbulo localizó Oliver un aparato telefónico. Instaló junto a él una butaca y abrió la ventana que tenía delante. Sacó la «Magnum» de la funda axilar.

Luego aguardó a que transcurriese media hora.

En el momento oportuno levantó el aparato y marcó el número con decisión. Sabía que en aquella llamada se lo jugaba prácticamente todo, pero tenía el pulso muy firme.

—El coronel Zecca, es muy urgente —dijo, al obtener comunicación—. Soy Oliver, ¡deprisa!

Sonó un clic. La voz de Zecca preguntó:

—¿Qué pasa?

—Aquí Oliver. Creo haber dado con algo bueno. Sospecho que tengo a Giacomo Varese ante las narices, pero si no...

—¿Quién dice?

La pregunta del coronel había sido una especie de explosión.

—¡Varese! Por favor, coronel, ¡necesito su ayuda! ¡Estoy en un aprieto! ¡Envíeme refuerzos o esto acabará mal!

—¿Dónde?

En lugar de responder, Oliver descargó un culatazo sobre la mesa. En seguida disparó la pistola en dirección a la abierta ventana. Profirió una maldición, y después un gemido. Dejó que el auricular cayera al suelo. Finalmente cortó la comunicación.

Había devuelto el aparato a su soporte y fumaba tranquilamente un cigarrillo cuando Buddy apareció en la biblioteca.

—¿Qué sucede? —inquirió, vacilante—. Oliver ¿qué sucede?

—Le he dicho que no se preocupe. No sucede nada. Márchese a dormir. No se mueva aunque yo me ausente.

El negro no quedó convencido, pero obedeció.

La llamada de Debbie tardó veinte eternos minutos.

—¡Ken!

—¿Sí?

—Ese hombre salió corriendo y ha conducido como un suicida hasta aquí. ¡Me las he visto negras para seguirle en su cacharro!

—¿Dónde es «aquí»?

—El doscientos de la Vía Ruggiano. Lejos. Salga de la ciudad por la Vía Tiburtina, siga más allá del Campo Verano y de la línea del ferrocarril. Tuerza a la izquierda donde hay una hostería con un gran rótulo verde. No me he fijado en lo que dice el rótulo.

—Perfectamente, Debbie. Retírese, vuelva al hotel. Cuando yo llegue ahí no quiero percibir su perfume en tres millas a la redonda, ¿ha comprendido? ¿Me expreso con claridad?

—Sí, Ken.

Buddy Brand no daba señales de vida. Oliver abandonó la casa, saltó al «Ferrari» y partió.

La Vía Ruggiano era una calle desierta, batida a pleno por el sol, con sólo alguna casita acá y allá. El número doscientos correspondía a un vulgar chalet de dos plantas. Sus persianas de guillotina estaban echadas y no se advertían señales de vida por ninguna parte. Oliver pasó de largo conduciendo despacio, y luego dejó el

coche y regresó a pie. Se hallaba en la Vía Ruggiano, por supuesto, no había error. La ausencia del automóvil que debió de utilizar el hombre a quien Debbie había seguido indicaría que el hombre en cuestión emprendió ya el regreso al centro de la ciudad.

Oliver examinaba la casa preguntándose cómo se las ingeniaría para entrar sin obstáculos cuando Oyó una voz a su espalda:

—Pensé que podría usted necesitarme aún.

Se volvió rápidamente. Ver a Debbie sonriéndole le puso furioso.

—¡No necesito compañía para irme al infierno!

—Pero sí ayuda para entrar ahí.

—¡Márchese!

—¿Cómo proyecta hacerlo?

—¡Le digo que se marche!

—Sea razonable, Ken. Si yo llamo a la puerta, es seguro que me abrirán.

—No.

—Luego le cedo la iniciativa. No hay riesgo por ni' parte, Ken.

Oliver se oprimió las sienes con las manos. Sabía que ella tenía razón. Sabía que terminaría por ceder y que no podía perder tiempo intentando convencerla de algo en lo que ni él mismo creía. Las cosas habían ido ya demasiado lejos.

—De acuerdo —dijo cansadamente—. Llame. Pero no intente entrar. Emplearé incluso la violencia contra usted si me obliga.

Debbie asintió.

Por la calle no pasaba nadie. El sol achicharraba.

Oliver ajustó el silenciador a la «Magnum» y se colocó de espaldas la pared, junto a la puerta. La muchacha le sonrió. Oprimió el pulsador del timbre y éste sonó distintamente dentro de la casa.

Primero se abrió una mirilla. Luego, la puerta. Alguien preguntó a Debbie que deseaba.

El agente no le dio ocasión de improvisar una respuesta. Giró, apoyado en la pared, y se precipitó a través del umbral. Chocó contra un hombre ancho y pesado, que perdió el equilibrio. Con el tacón dio una patada a la puerta, para cerrarla ante Debbie. En un segundo había conseguido su propósito.

Pero el hombre ancho no estaba dispuesto a dejarse sorprender.

Sacó una pistola de entre sus ropas. Oliver apretó el gatillo de la «Magnum», al tiempo que oía a la muchacha golpear la puerta. No hizo caso de los golpes. Apenas el hombre se hubo derrumbado con un balazo en la frente, echó a correr hacia la habitación que tenía más cerca. Estaba vacía. En la siguiente había una cama revuelta y una chaqueta tirada sobre un sillón. Podían ser la cama y la chaqueta del sujeto a quien acababa de matar, pero tenía la esperanza de que no lo fueran.

En alguna parte se produjo un ruido.

Oliver abrió una puerta de un puntapié y la cruzó agazapado, con la pistola a punto. De espaldas a él, un hombre pretendía subir la persiana del cuarto.

—Déjelo, Varese. Vamos a hablar un rato sin prisas.

Giacomo Varese suspiró.

—El americano Casi le esperaba. Empezaba a intrigarme que me permitiera gozar en paz de mi retiro.

El agente avanzó y le cacheó. No llevaba armas.

—Mi visita la debe al coronel Zecca. Ha sido él quien, sin saberlo, me ha traído aquí. Comprenderá, Varese, que todo ha terminado.

—Tendré que hacerme a la idea —repuso amargamente el agente de seguros.

Oliver bajó la persiana por completo. La luz de la habitación estaba encendida. Se encontraban en un destartelado despacho, con una gran librería llena de polvo y una mesa escritorio cubierta por un cristal. Éste aparecía roto de un golpe.

—Su antigua casa me gustaba más —dijo el americano—. Siéntese. ¿Hablará por las buenas, o habré de recurrir a mis propios métodos de interrogatorio?

Varese aventuró una sonrisa.

—Depende de lo que usted sepa y de lo que quiera saber.

—Quiero saber poco. He llegado al final con más facilidad de lo que suponía. Zecca debe de estar acostumbrado a tratar con tontos, o no se hubiera traicionado ante mí como lo ha hecho. Una artimaña infantil me ha sido suficiente para desenmascararle, pero, en realidad, él mismo había puesto la evidencia delante de mis ojos.

—El coronel es un hombre inteligente.

—Permítame dudarle. Tanto el modo en que los hechos se

encadenaban para acusar a Buddy Brand como la precisión con que a mi alrededor ocurrían las cosas revelaban una mano hábil, pero una mente obtusa. Casi desde el momento en que llegué a Roma, y sobre todo desde que le visité a usted, mis acciones e incluso mis pensamientos han sido conocidos por la fuerza que tenía enfrente. Por ejemplo: usted no sabía nada de mí, ni siquiera en qué hotel me alojaba, y sin embargo, poco después de salir de su casa, sufrí un atentado a la puerta del Villa Imperiale. ¡Zecca, a quien usted avisó por teléfono desde la cafetería, sí sabía que me encontraría allí! Luego se produjo el más significativo de los incidentes. Fue cuando se me preparó una encerrona en el apartamento de Vera Natalio. Pedí ayuda al coronel, y éste me la prestó tan entusiasta que sus hombres exterminaran a mis asesinos frustrados, sin dejar uno vivo para que hablase. Encima, ante mis narices, a Vera la despacharon de un balazo en el corazón. Solamente Zecca pudo hacerlo. Subió desde la calle, abrió sigilosamente la puerta del apartamento, disparó usando silenciador y desapareció de nuevo. Yo bajé detrás de él. En la calle, me di cuenta de que era Zecca la persona que más cerca se hallaba de la puerta del edificio; y era así porque acababa de salir de éste. Los pistoleros fueron solamente cuatro y a los cuatro los tuve bajo mis ojos mientras la muchacha moría.

—Lo siento por Vera —dijo Varese, con los ojos brillantes tras de sus gafas—. Demasiado bonita para terminar tan joven.

—Yo tenía al llegar a Roma una lista de cuatro personas con las cuales se había relacionado Raymond Link, mi antecesor. Pero la lista era incompleta, ¡porque también se había relacionado con el coronel! Cuando pensé en ello se me ocurrió la posibilidad de que a Link y a mí nos hubieran interceptado el teléfono del Villa Imperiale, idea que se desprendía de la complicidad de Vera Natalio con ustedes. Anoche le tendí una trampa a Zecca y cayó en ella creyendo vislumbrar una ocasión de cargar las tintas de la culpabilidad de Buddy Brand. Era una prueba de peso, que se completó al morir asesinado el mecánico que había escamoteado el coche de Brand. Zecca me mintió acerca de las declaraciones de ese desdichado y, de acuerdo con su norma, le impuso silencio eterno. Pero yo ya conocía la verdad a través del propio Buddy y esto le dejaba a él en falso. Hace un momento. —Oliver mostró los dientes en una fría sonrisa— he obtenido la última evidencia. Puesto que el

coronel ha estado aquí, ya puede usted suponer de qué se trata.

—Le ha dicho usted que estaba conmigo, o cerca de mí —asintió el agente de seguros—. Al venir a comprobarlo, le ha descubierto en realidad dónde me ocultaba. Muy ingenioso.

—Elemental. Pero decisivo, Varese. ¿Va usted a hablar?

—Sé perder —dijo Varese, tranquilo, como si se tratara de una conversación de negocios—. No tengo nada que ver con esos derramamientos de sangre. Me aparté del asunto cuando fue asesinado Mohamed Kasser, y si previne a Zecca de la visita que usted me había hecho, no pretendía con ello sino protestar de que todavía se me molestase y romper con la organización el último lazo. Como consecuencia, Zecca me hizo secuestrar, me encerró aquí y utilizó mi propio coche para lanzar contra usted a cuatro pistoleros.

—Uno de los cuales era su supuesto secretario.

—Mi guardián: la sombra que Zecca me había puesto cuando me negué a seguir adelante.

Oliver se encogió de hombros.

—Esas minucias me tienen sin cuidado. Le exigiré una declaración firmada, se lo advierto. Varese.

El italiano permaneció impasible.

—Firmaré lo que sea.

CAPÍTULO XIV

Oliver se instaló en la mesa, pluma en mano, con las cuartillas delante.

—Empiece —invitó—. Resuma las cosas como mejor le parezca. Sólo le impongo que no oculte ningún dato esencial.

Varese reflexionó un instante.

—Zecca y yo colaboramos en diversas misiones durante la guerra. Nuestras vidas, después, siguieron distintos rumbos, hasta que han vuelto a encontrarse con motivo de este negocio. Fue fruto de una idea suya. Vio la ocasión propicia para explotarla, pero necesitaba una organización que le ayudase y recurrió a mi porque me sabía en contacto con muchos antiguos resistentes, gente que había combatido a mis órdenes y que hoy medraba más o menos fuera de la ley. Yo lo dispuse todo. Proporcioné hombres y barcos. Establecí la base material de la empresa —el italiano hizo una mueca sarcástica—. Hemos ganado muchísimo dinero.

—Esa idea de Zecca, ¿en qué consistía?

—Él tenía una posibilidad de adquirir armas en grandes cantidades. ¿Usted conoce la «United Boswell-Nottingham Company», de Illinois?

—Naturalmente. Es una importante factoría de armas automáticas. No pretenderá que las de ustedes procedían de allí.

—No directamente, pero así es. Zecca es un hombre de innumerables recursos, con relaciones en todas partes y que sabe muchas cosas de mucha gente. Una de sus relaciones es Carlo Cosmo, o Charlie Cosmo, exoficial del Ejército italiano, actualmente ciudadano de los Estados Unidos, quien trabaja como agente vendedor de la «Boswell-Nottingham» en América Central. Ignoro si Cosmo ha obrado bajo presión de Zecca o si la iniciativa partió de

él; lo cierto es que no le ha resultado difícil incorporar nuestros pedidos a los de las repúblicas americanas que normalmente tiene por clientes. Nosotros hemos embarcado las armas en San Juan del Norte, en Puerto Limón o en Colón y las hemos traído generalmente a Sicilia, a Trapani y Palermo, para reexpedirlas al Norte de África.

—¿Dónde está ahora Charlie Cosmo?

—En San José de Costa Rica.

—¿Qué papel representaba en esto Mohamed Kasser?

—Era nuestro agente en África. El colega de usted, Link, le seguía la pista desde Argelia y le tenía materialmente asfixiado. Kasser iba a hablar. Fue entonces cuando Zecca, que lo descubrió a través del propio Link, decidió matarle. Y a la mañana siguiente hubo de matar también a Link por temor a que, atando determinados cabos, hubiese adivinado la verdad. Yo sabía que era inútil, que el negocio había fracasado, y que detrás de Link vendrían otros. Quise salvar lo posible, pero Zecca no me dejó. Él no tenía miedo, confiaba en su situación privilegiada para conjurar cualquier peligro. Vea en qué ha parado todo.

—Hay una cosa que no comprendo.

—¿Y es?

—¿Por qué Zecca, que se ha deshecho de cuantos amenazaban su seguridad, incluso de colaboradores eficaces como Kasser, le ha respetado a usted la vida?

—Porque yo represento una amenaza más grave muerta que vivo.

—Eso es absurdo.

—No lo es. —Varese traicionó con un gesto su vanidad—. No solamente Zecca sabe muchas cosas de mucha gente. También yo las sé. La guerra, especialmente la guerra clandestina que nosotros libramos, fue una gran fuente de informaciones. Yo tengo desde entonces pruebas que hoy arruinarían la carrera de Zecca y le cubrirían de lodo. Las he guardado como arma para protegerme de él, y no lo ignora. Si muero, saldrán a luz.

—¿Dónde están?

—En mi caja fuerte de la Banca Popolare. Se las regalo.

—¿Queda algún otro personaje importante complicado en la organización?

—Ninguno.

—¿Por qué se eligió a Buddy Brand para presentarlo como culpable?

—Porque estaba que ni hecho a la medida. Su amistad con Link se prestaba a toda clase de interpretaciones, y era un pobre diablo arruinado por las drogas: según Zecca, tenía en Estados Unidos y en Gran Bretaña antecedentes policíacos por consumo de estupefacientes. Zecca atrajo a Mohamed Kasser al Club Sorrento para matarle, debido a que Link solía frecuentar el local. Después utilizó el coche del negro para matar a Link. El resto ha venido como quien dice de la mano.

—Perfectamente —asintió Oliver—. Con esto habrá bastante por ahora.

Repasó sus notas y las leyó en voz alta a Varese.

—¿Está conforme?

Varese buscó en sus bolsillos un pañuelo y estornudó. Se sonó las narices. Sus ojos empezaron a lagrimear.

—Estoy conforme.

—Firme al pie de cada cuartilla.

El agente de seguros tomó la pluma y firmó.

—¿Qué va usted a hacer conmigo?

—Entregarle a las autoridades italianas. Listo. Vámonos ya. Recoja lo que necesite, pero delante de mí.

Varese sonrió tristemente.

—Espero que en la celda que me destinen no haya corrientes de aires.

Abandonaron el despacho.

Alguien dijo:

—Quieto, señor Oliver —el cañón de una pistola se incrustó en los riñones del americano—. Quieto. Estas cosas necesitan calma.

Oliver respiró profundamente. Tenía la mano derecha a más de medio metro de la funda axilar, donde había guardado la «Magnum». Pretender sacarla hubiera sido en aquel momento una locura.

—Su nivel intelectual debe de haber ascendido varios grados, Zecca —replicó con sarcasmo—. Me admira encontrarle aquí.

Con movimientos prácticos, que denotaban larga experiencia, el coronel, desde su espalda, le cacheó y se apropió la pistola.

—Las armas no convienen a los tipos impulsivos. Vuelva ahí

dentro. Tú también, Giacomo.

—Por favor, Paulo —dijo Varese roncamente.

Había perdido la serenidad que tan firme conservara ante Oliver.

—¿Por favor qué? —exclamó Zecca—. ¡He escuchado casi todo lo que has contado, traidor asqueroso! De modo que en tu caja fuerte de la Banca Popolare, ¿eh? ¿Cómo te atreves ahora a pedirme favores?

—¡Oliver —Varese estaba derrumbándose moralmente—, este hombre me matará! ¡Impídalo!

—Impida usted que me mate a mí. Al fin y al cabo es amigo suyo.

—¡Entren ahí! —ordenó Zecca.

Volvieron al despacho.

Oliver pudo entonces verle al coronel la cara. Quedó defraudado si esperaba encontrar en esta algo nuevo. Zecca era el mismo de siempre: impecable, correcto, cínico, elegante y burlón.

—Me gustaría... —comenzó a decir el americano.

Zecca le interrumpió:

—Un segundo. En seguida le atenderé a usted.

Sonó una detonación.

Oliver se quedó pasmado. Como si realizara un acto cotidiano, sin titubear, ¡el coronel había disparado contra Varese!

Una expresión de incredulidad alteró las sólidas facciones del agente de seguros, que se llevó las manos a la garganta. A sus ojos asomó el infierno. Por toda la cara, desde el cuello hasta la raíz de los cabellos, se le extendió una ola purpúrea. Se puso a echar sangre por boca y nariz. Se le doblaron las rodillas. Cayó. Sus gafas se hicieron añicos. Durante un par de segundos movió convulsivamente un pie. Luego ya no movió nada. Estaba muerto.

El americano comprendió que su propio fin se hallaba muy próximo. Zecca lo había dicho claramente: «En seguida le atenderé a usted». Sin remisión, sin esperanza. Con aquella bestia no eran posibles dilaciones.

—Le ha entrado la borrachera de la sangre —dijo—, y va a echarlo todo a perder. Desperdicia un tiempo precioso, coronel. Lo sensato sería poner tierra de por medio; o haberla puesto en cuanto descubrió que yo le había engañado como a un niño imbecil.

—Odio la sensatez.

—Quizá por eso sus negocios terminan como han terminado.

—Quizá —asintió Zecca, imperturbable—. Prepárese a bien morir, señor Oliver. Disparo ya.

Oliver entornó los párpados. Luego abrió los ojos con inmensa sorpresa, dirigiendo la mirada por encima del hombro de su enemigo.

Éste sonrió.

—No me volveré. Conozco el truco. Simula que hay alguien a mi espalda para echárseme encima cuando se distraiga mi atención.

El truco existía, cierto, pensó el americano. Sólo que entonces no había truco, ¡porque Debbie se acercaba por detrás de Zecca con una pistola en la mano!

—Yo me volvería de todos modos, coronel.

Oliver había puesto en tensión todos sus músculos, decidido a saltar de costado apenas la muchacha disparase. Pero no contaba con el proceder de ella. No iba a disparar. Empuñaba la pistola para descargarle a Zecca un culatazo en la nuca.

—Así no, Debbie —añadió él—. Tire, ¡tire a matar antes que sea tarde!

Debbie no tiró, y era comprensible, porque se trataba de una mujer. Levantó más la mano armada. Tomó impulso.

En aquel instante oyó el coronel su ligero resuello y se convenció de que no se trataba de un ardid. El salto de Oliver coincidió con su primer disparo, que falló. Zecca se revolvió como una fiera. No era inexperto. Había aprendido a luchar en una escuela muy dura y estaba de vuelta de todas las añagazas. El americano se encontró irremisiblemente, otra vez, ante el cañón de la pistola. Adivinó que aquello era el final. Inmediatamente vio el fogonazo y sintió la cruel mordedura de la bala en su carne.

—¡Ken! —gritó desesperadamente Debbie.

El coronel debió de comprender que había hecho un buen blanco, pues rechazó a la muchacha de un empujón y se ocupó únicamente de emprender la fuga. Debbie intentó seguirle. Oliver, doblado sobre sí mismo en el suelo, tuvo ánimo para extender la mano y asirla por un pie.

Ella exclamó:

—¡Déjeme!

—¡Quédese aquí, o la matará! ¡Deme esa pistola!

—¡Ken, usted está herido!

—¡Deme la pistola!

Debbie le entregó el arma sollozando. Él se enderezó con un penoso esfuerzo y salió cautelosamente al pasillo. La puerta de la calle estaba abierta. Fuera, roncaba un motor.

Cuando Oliver traspuso aquella puerta, el coronel huía en un largo coche gris de marca americana. El agente se precipitó hacia el rojo «Ferrari». Antes de que se sentara al volante, Debbie se le había unido. Dijo:

—Esta vez conduciré yo. Usted no está en condiciones.

Él la dejó hacer. Notaba cómo la sangre brotaba de su herida y le empapaba las ropas.

El «Ferrari» salió disparado calle abajo como un bólido de carreras. Transcurrió un segundo. Dos. Tres.

Oliver cerró los ojos, porque se le nublabla la vista.

Entonces, oyó un grito de la muchacha.

Miró. El coche gris doblaba a enorme velocidad la esquina de la hostería del rótulo verde, ¡en el preciso momento en que un gran camión con remolque aparecía por su derecha!

—¡Zecca! —I exclamó involuntariamente el americano.

Fue rapidísimo. El coche, embestido por el camión, saltó al aire, dio una vuelta y media de campana y cayó con las ruedas para arriba. Durante una fracción de segundo quedó nítidamente dibujado, inmóvil, en mitad de la Vía Tiburtina. Después, una especie de lengua de fuego lo recorrió del capó a la cola. Súbitamente se produjo una aguda explosión. El depósito de esencia había estallado. Todo a la vez, el auto se convirtió en una rugiente hoguera.

El camión, que había estado a punto de volcar, se detuvo unos metros más allá, atravesado en la calle y con el remolque parcialmente subido a la acera. El conductor y el ayudante se apearon, cada uno llevando en la mano un extintor. Cuando llegaron junto al coche, sus extintores eran tan útiles como lo hubiera sido una raqueta de tenis.

Debbie detuvo el «Ferrari» en la esquina. Estaba blanca como el papel y le temblaban los labios.

—No mire —dijo Oliver. Era posible ver, a través de las llamas, cómo el cuerpo del coronel se carbonizaba en el interior del

vehículo volcado—. Ese monstruo asesino no merece su emoción. Usted le ha perdonado la vida ahí, en la casa. Es suficiente.

Ella gimió:

—No... no podía... dispararle por la espalda. No podía, Ken, ¡aunque le sabía a usted en peligro de muerte! ¡Y le ha herido por mi culpa!

—No es grave. ¿De dónde sacó la pistola?

—La tomé del cadáver que había en el pasillo.

—¿Cómo ha entrado?

—Ese hombre del monóculo acababa de hacerlo. Dejó la puerta abierta.

Desde la hostería acudía gente dando gritos. Los dos tripulantes del camión parecían a punto de desmayarse.

—¡Eh, amigos! —los llamó Oliver—. No se muevan de nuestro lado y no se preocupen. Lo hemos presenciado todo. Ustedes no tienen culpa.

Uno balbució:

—El muy... el muy loco...

—Tranquilícese.

Dos agentes de la policía de tráfico se aproximaban en sus rugientes motocicletas, atraídos por el siniestro como a las moscas las atrae la miel.

«La fiesta ha terminado», pensó Oliver.

Se sintió de repente enfermo y débil. En el vago sopor que le invadió tuvo apenas conciencia de que la mano de Debbie le acariciaba el rostro...

CAPÍTULO XV

Oliver dijo:

—Se evitó el escándalo. El propio ministro de Defensa acudió a la clínica y me lo pidió personalmente. La situación política no permitía al Gobierno la aventura de contarle al público la verdad. Dado el final que tuvo el drama, no hubo dificultad en tergiversar un poco las cosas y mantener a Paolo Zecca aparte.

—Lo comprendo —asintió el general Sturm.

—Pues yo no. La muerte, incluso aquella muerte horrible, era poco para él. Merecía la vergüenza, la ignominia, el fango.

—Es usted duro, Oliver.

—Soy justo, señor. Viví los hechos de cerca y sé lo que digo.

Sturm trató de cambiar de tema. Notaba algo raro en Oliver. Por supuesto, el Kenneth Oliver que momentos antes penetrara en su despacho, recién llegado de Roma y con un brazo en cabestrillo, no era el mismo hombre a quien entregara la «lista negra» de Raymond Link; pero no podía conocer en qué residía el cambio exactamente.

—La Interpol se ha ocupado con gran eficiencia de Charlie Como —anunció—. La extradición ha sido conseguida según mis informes. Como habrá volada hoy de San José a Miami vía Washington, custodiado por dos agentes del

F. B. I.

Debo felicitarle de corazón, Oliver. Gracias a su pericia este espinoso asunto del tráfico de armas ha quedado resuelto. Si algo puedo hacer por usted, pídamelo.

«Espinoso asunto», repitió el agente para sí. Raymond Link, Mohamed Kasser, Vera Natalio, el mecánico Stoppa, Giacomo Varese, tantos y tantos muertos dejados atrás nunca lo hubieran llamado simplemente «espinoso». Pero el general estaba por encima

de tales pequeñeces.

—Le pediré dos cosas. Una es que tome nota de un nombre. Si alguna vez necesita sangre joven en sus filas, si precisa de hombres inteligentes, fieles, astutos y valerosos, acuérdesse de él. El nombre es Erno Canosa. Escríbale a Roma, Albergo Villa Imperiale.

Sturm anotó el nombre y las señas sin pronunciar palabra. Luego preguntó:

—¿La otra cosa?

—Un mes de licencia para mí.

—Eso se da por descontado. Su convalecencia lo requiere.

—No se trata de mi convalecencia.

—¿Meras vacaciones? —El general intentó bromear—: ¿O necesita ese tiempo para escapar de una nueva complicación amorosa?

Oliver replicó fríamente:

—Lo necesito para mi viaje de novios.

Sturm tragó saliva.

—¿Su qué?

—Viaje de novios.

—¡Oliver!

—Me he casado en Roma, señor.

—¡Oliver! —repitió Sturm, asombrado—. Pero... pero usted... su fama... me habían contado... ¡Qué diantre, reciba mi enhorabuena! ¡La mujer capaz de cazarle debe de ser una criatura excepcional!

—Probablemente se parece a muchas otras que no han sido capaces de ello —dijo el agente, encogiéndose de hombros—. Pero estaba escrito que tarde o temprano tenía que ocurrir.

El general necesitó un momento para reponerse de su sorpresa.

—Perfectamente. Daré orden de que se le pague una gratificación especial. Ya supongo que le hará falta dinero.

—No exactamente, señor.

—Usted bromea. Una luna de piel sin dinero no es una verdadera luna de miel. Su viaje, ¿va a ser muy largo?

—Proyectamos dar la vuelta al mundo.

—¡Santo Dios! —El asombro de Sturm fue mayor que antes—. Pero, Oliver, ¿está loco? ¿De cuánto disponen ustedes?

El agente respondió:

—De veinticinco millones de dólares, señor.

FIN



Jorge o Jordi Gubern i Ribalta fue un novelista y técnico editorial español (Barcelona, 1924-1996).

Usó seudónimos como Bruno Shalter, Esteban Díez, Mark Halloran, Noel Gubre, Pedro Lanuza y William O'Connor.

Era primo de Roman Gubern.

Jorge Gubern Ribalta escribió novelas populares desde los años cuarenta, destacando su personaje Mike Palabras.

Ocupó luego posiciones en el equipo de redacción de editorial Bruguera, convirtiéndose en director de «Gran Pulgarcito» (1970), «Lily» (1970) y «Super DDT» (1973).